



Publicado por:

Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2016, Noëlle Stephanie
© 2016, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Daniel García P.

Claudia Márquez

Portada

Noëlle Stephanie

Vasco Lopes

Maquetación

Daniela Alcalá

Impresión

QP Print

Revisión

Alejandra Baron

Primera edición: **diciembre de 2016**

Depósito Legal: DL B 23279 - 2016

ISBN: 978-84-16942-15-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Noëlle Stephanie



LOS
TRILLIZOS
Bradley

Nova Casa Editorial



*A mi familia y amigos, por todo ese apoyo constante.
También a mis lectores de Wattpad, quienes han estado leyendo la novela desde el principio hasta su fin y me han alegrado con cada uno de los comentarios, muchas gracias.
Gracias a Carlota, a Júlia, a Sofía, a Sarita, a Pablo y a Natasha, por todas esas ideas que en su momento ayudaron a que esto siguiera adelante.
Y a María, que aunque ya no esté entre nosotros, fue la que más veces me aseguró que esto pasaría.
Y cómo no, a Nova Casa Editorial por hacer esto posible.*



*Para Carlota, la primera lectora que conocí
y la que me empujó a escribir esta historia.
Para Sofía, por su increíble entusiasmo.
Y por supuesto, para todos mis lectores y lectoras.
Os quiero.*





CAPÍTULO 1

Naly

Quizá había tomado la decisión errónea en medio de un ataque de nervios e histeria, a veces las personas lo hacemos. Pero si alguien me hubiera preguntado sobre mis actos en aquel momento, mi respuesta hubiese sido rotunda y rápida.

Lo gracioso era el hecho de que realmente creía que escapar de mi drama familiar lo haría todo más sencillo. Me equivocaba, y aún no tenía ni idea de todas las veces que llegaría a hacerlo. Sin embargo, huir siempre era tentador y más fácil ante ojos inocentes, como eran los míos.

Había vivido en una burbuja demasiado tiempo.

Llegué a la casa de la familia Bradley hacía aproximadamente una hora, y nadie se había presentado en el lugar, algo que consideraba irrespetuoso e irresponsable. Me pareció despreciable que me hicieran esperar en la puerta hasta que alguien se dignara a aparecer. Disciplina era lo que les faltaba.

No había visto fotos de ellos, pero sabía que era un matrimonio con hijos.

Esperé, pero acostumbrada a la puntualidad y el orden de la lujosa y, supuestamente, maravillosa vida que siempre he llevado, aquel acto consiguió florecer una clara molestia en mí.

Todo era más fácil con una criada esperándote en casa.

—¡Genial! —mascullé irónica para dejar de dar vueltas de un lado a otro y sentarme en la entrada de la casa, prácticamente en el suelo. No podía creer que yo estuviera haciendo algo así.

Alcé la mirada y me percaté de lo gris que se mostraba el ambiente. El azul del cielo y el blanco de las nubes habían sido manchado aquella mañana de septiembre.

Gris, siempre había odiado ese color. No era blanco, tampoco negro, simplemente gris; además, detestaba sentir que ese color estaba en medio de las dos cosas.

Ya cansada de tanta demora, comencé a caminar de un lado a otro. ¿Cómo se podía ser tan maleducados? Ellos sabían que iba a venir, así como la hora exacta, ya que ellos habían enviado el *e-mail* con la información. Suspiré y pensé que había sido un gran error venir a Oxford, me encontraba en la calle y tenía más hambre de la que recordaba haber tenido alguna vez.

Suspiré de nuevo y me senté, intentando encontrar la manera de relajarme. Recordé a mi niñera, Caroline, y como decía «Naly, cielo, cuando estés nerviosa piensa en los momentos felices de tu vida, te relajarán». Pensé en ella, busqué aquel rincón de mi memoria en el que se escondían los momentos perfectos en los que la soledad y la angustia no existían. Sin embargo, estaba demasiado agobiada para encontrarlos, incluso, noté que las manos me temblaban cuando buscaba en mi teléfono un número al cual llamar. Creí recordar que habían dejado uno en el *e-mail*. Lo encontré, llamé un par de veces, pero no hubo respuesta.

Volví a levantarme y esa vez volteé para admirar la vivienda que se alzaba frente a mí. Las casas en Oxford eran exactamente iguales a las de cualquier ciudad inglesa: Todas en fila, todas con el mismo diseño, dos plantas, un pequeño garaje y poco más.

Me senté de nuevo, preguntándome si había tomado la dirección correcta. Volví a mirar el *e-mail*, tal vez me había equivocado de lugar, pero no, era allí. Bajé la mirada y repasé en mi mente todas las cosas que había traído, sin olvidar por un segundo

las duras facciones de mi padre cuando abandoné mi casa con la intención de no volver por mucho tiempo.

Papá siempre había sido una persona un tanto apática, pero nunca hubiera imaginado que llegaría a hablarme de aquella manera, ni a decirme tal tontería:

—Naly —dijo antes de que agarrara mi maleta y la sacara de casa—, no olvides lavarte los dientes cada noche.

¿Eso era lo que se le ocurría decirme en aquel momento? ¿Solo eso? ¿Esa tontería? Podría haber esperado cualquier cosa, menos eso. De ahí que ni siquiera respondiera a su incoherencia.

—¿Quién eres tú? —una voz grave detuvo mis pensamientos con un tono algo violento.

Mi ceño se frunció y alcé la mirada para encontrarme con uno de los hombres más guapos que había visto en toda mi vida. No exageraba. Juro que por unos instantes experimenté lo que era perder el aliento.

Sus ojos almendrados eran verdes y brillantes, adornados por unas pequeñas pestañas muy poco rizadas. Su cabello ondulado y castaño oscuro se abombaba en su cabeza adorablemente ya que no era largo, pero tampoco llegaba a ser corto. Su flequillo estaba hacia atrás, y en cuanto a su vestimenta, se podría decir que era la clase de chico que tenía el color negro como base en su armario.

—Soy... —acomodé nerviosa mi cabello al hablar.

El desconocido frunció el ceño y me miró fijamente mostrando su personalidad. Temí, ese chico daba miedo. Era su actitud, su postura y su tono de voz los que gritaban que el peligro recorría cada parte de su vida.

—Ams, no sé qué haces en la puerta de mi casa y tampoco me importa, pero quita del medio, estorbas —ordenó de la manera más seca y prepotente que alguien puede utilizar.

—Yo... —traté de hablar de nuevo, pero él me interrumpió del mismo modo en que lo había hecho en un principio.

—¡Quita!

—¡Pero soy la estudiante de acogida! —informé y su ceño se arrugó un poco más.

Un sudor frío recorrió mi cuerpo. Su mandíbula se apretó con rabia y entrecerró los ojos como si estuviera tranquilizándose mentalmente, como cuando intentas contar hasta diez.

¿Quién se creía que era?

Por mi parte inspiré y miré a la derecha, estaba a punto de estallar en lágrimas de rabia.

¡Soy estúpida! ¿Cómo he podido creer que podía irme de casa y hacer las cosas a mi manera? ¡Aquí ni siquiera me quieren!

—Lo siento, te has equivocado, aquí no es —abrió la puerta de la casa.

Me levanté y lo reté con la mirada, no iba a dejar que me tratara como si fuera estúpida, a pesar de que yo me sintiera de esa manera. Giró el pomo de la puerta. Agarré mi maleta descaradamente antes de volver a hablar, a mí nadie me menosprecia, nadie.

—No me he equivocado. Es justo... —él entró y por unos segundos pensé que me dejaría hacerlo también, pero mi frase cayó en el aire cuando me cerró la puerta en las narices— aquí...

Me quedé absolutamente pillada, sin embargo, no podía entrar en pánico. Aquel chico era un maleducado en toda regla y a pesar de que dependía de él para tener un techo bajo el cual dormir, no podía perder la calma. Pero estaba en la calle. ¡En la calle! Y todo porque mi supuesta familia de acogida no quería abrirme la puerta. Mejor dicho, el chico guapo no quería abrirme la puerta. Me senté de nuevo y alcé la mirada al cielo rezando por encontrar la respuesta a lo que debía hacer. Que ese chico entrara en razón parecía imposible. Nunca había imaginado que acabaría en una situación semejante, y después de haber sido, prácticamente, la niña mimada no sabía qué hacer. Bajé la mirada y la fijé en mis zapatos, esos Adolfo Domínguez estaban destrozando mis pies. Quizá más tarde intentaría hacer entrar en razón al chico. Pues no tenía dinero y no quería volver a casa.

—Hey... ¿qué haces aquí tan sola, guapa? —alcé la mirada minutos más tarde para encontrarme con el mismo chico de antes, pero esta vez me sonreía con coquetería y vestía totalmente distinto.

—¿Pero qué...? —mi ceño se frunció con extrañeza y sorpresa. Este chico quiere tomarme el pelo, o ¿qué? — ¡Ya sabes la respuesta! ¡Te lo acabo de decir!

—Eh... creo que te equivocas de persona, yo no he hablado contigo, ni siquiera te conozco—me cortó, excusándose sin mucho éxito. A mí no me dejaban en la calle después de hablarme mal y tratarme como si fuera una tonta—. Debía ser...

—¡No, eras tú! —le acusé levantándome de nuevo.

Él se rio y sus hoyuelos se marcaron, eran adorables; por su apariencia podía jurar que eran personas diferentes. El nuevo chico era completamente opuesto al anterior. Iba con pantalones negros, también ajustados, pero en la parte superior llevaba una camiseta blanca adornada con unas letras y una chaqueta marrón. En cuanto a su actitud tenía una sonrisa seductora y el brillo en sus ojos verdes mostraba lo muy seguro de sí mismo que era.

—Vale, chica... —dijo, y se acercó más de lo normal sin ningún tipo de escrúpulo.

¿Qué estaba haciendo? Me agarró de la cintura, y me observaba sonriendo mientras continuaba acercándose.

«¡Mierda! ¡Soy débil a este tipo de contactos!».

Sus labios estaban muy cerca de los míos y su mirada volaba por mí. Así que luché por no quedar hipnotizada.

—Te juro que antes no era yo, y no sé qué te ha hecho, pero yo nunca trataría mal a una chica tan... —echó un vistazo a mi cuerpo, repasándome de arriba abajo— atractiva.

—Déjate de cuentos, estás loco. ¡Suéltame! —mascullé intentando parecer segura y para nada intimidada. «¡Por Dios, Naly, abofetea a este imbécil!»—. No sé qué pretendes con este juego, pero si me vas a hablar mal y a cerrarme la puerta en las narices otra vez, hazlo. Eres un bipolar. Ni siquiera te conozco y ya me irrit...

Callé al percatarme de que sus labios se acercaban más a los míos de lo común. Un leve movimiento haría que se tocaran. ¿Acaso pensaba que era una suelta? ¿Qué clase de loco era?

—¿Qué haces?!

Él me pegó más a su cuerpo mientras yo intentaba separarme a pesar de que resultaba una tarea difícil dado que era mucho más voluptuoso y fuerte que yo.

—Intentar besarte —sentí como las rodillas me flaqueaban, ante lo profundas que eran sus palabras. Tenía que reconocer que era irremediamente seductor, incluso me arriesgaría a decir que dominaba el arte de la seducción.

—De eso ya me ha dado cuenta ¡Suéltame! —exclamé y algunos golpes aterrizaron en su pecho, pero él no me soltó. Solo se dedicó a pasarse la lengua por los labios y a sonreír. Esa actitud ya parecía enfermiza.

Susurró.

—Sé que quieres. Así que dime tu nombre y te dejo entrar a mi casa a descubrir las siete maravillas que puedo ofrecerte —expresó con descaro.

Bufé. Me estaba proponiendo sexo de una manera muy... ¿cómo llamarlo? Sutil. Y lo peor era que conseguía encender una pequeña chispa en mí.

—¡No pienso entrar contigo! ¡Me quedo en la calle! ¡Eres un cerdo! —exclamé y me alivié cuando se separó. Crucé los brazos, pues la sonrisa que seguía en su rostro ya comenzaba a irritarme.

—Vale, cuando estés cansada de esperar, y si no quieres dormir en la calle, solo toca al timbre —informó revolviéndose el cabello— ¿Vale, guapa? —Refunfuñé, él sí sabía que yo era la de acogida— Te espero en mi cama.

—Tú, maldito eres un... —volvió a cortarme.

Tenía un serio problema con dejar que la gente acabara de hablar.

—Hasta luego, Naly —me guiñó un ojo y de nuevo cerró la puerta en mis narices.

¡Sería posible! Sabía mi nombre y lo qué hacía allí, pero solo intentó aprovecharse de la situación. Era más que seguro que se estaba riendo de mí.

Me llevé los dedos a los labios, bajé de nuevo la mirada al suelo y perpleja pensé con claridad si debía entrar ahí o no. ¿Convivir con un chico con bipolaridad y un serio problema para dejar-te acabar las frases? Definitivamente no era una buena opción ni modo de vivir.

Me volví a sentar y dejé mi mente en blanco, quizá la mejor alternativa sería buscar un hotel, pero apenas tenía dinero. ¿Por qué todo me salía mal?

Después de unos minutos vi que otro chico se acercaba a donde me encontraba y, para mi asombro, era igualito a los otros dos que habían venido. Bueno, al loco que había venido dos veces. Sin embargo, este era un tanto más especial. Llevaba unas gafas de pasta enormes, una camisa blanca y un chaleco de pana encima de la camisa. ¿A qué abuelo le había robado el armario? Su cabello había sido muy repeinado y echado hacia atrás, sin ningún mechón libre. Parecía el típico listo de la clase, el pardillo del que todos se ríen. ¿De dónde había salido? Se me acercó sonriendo de modo amigable antes de tenderme la mano.

—Hola, soy Welsey, encantado —se presentó haciendo un ademán de ayudarme a levantarme. ¿Ahora venía con el papel de chico simpático y raro? Alcé una ceja—. Eres Naly, ¿cierto?

«Aquello sonó como la llamada del cielo».

—Por fin te dignas a presentarte —le dediqué una mirada de pocos amigos y él hizo una mueca confusa antes de acomodarse las gafas—. No te hagas el tonto, ya es la tercera vez que pasas por aquí. Te llamaría bipolar pero tienes tres personalidades. ¿En serio vas a seguir intentando tomarme el pelo? No lo conseguirás. ¿Crees que soy tonta?

Él alzó una ceja y rio.

—Déjame adivinar —comenzó—. Una de mis personalidades es tremendamente antipática, malhumorada y borde; y la otra seguro que ha intentado sobrepasarse contigo —adivinó con diversión.

—Me has intentado besar solo porque te ha dado la gana —mascullé molesta y Welsey siguió riendo animado.

Quizá esta era la personalidad que más me irritaba, solo por el hecho de que se burlaba de mí, y además, en mi cara.

—Te la han jugado —dijo—. No has hablado conmigo, eran mis hermanos. Somos trillizos. El gruñón es Edward, y el que ha intentado besarte es el descarado de Hal —me explicó.

¿Trillizos? No le creía. La parte simpática de Welsey era demasiado agradable para ser real y aunque su aspecto fuera extraño, seguía siendo encantador.

«¿Trillizos? ¡Soy inocente, pero no tanto!».

Pareció notarlo y se volvió a reír.

—¿No me crees? Ven y verás.

Abrió la puerta, se encargó de coger mi maleta y me tendió la mano invitándome a entrar. Dudé un poco, aquel chico, o aquellos chicos, no parecían de fiar, sin embargo, me sonrió de nuevo y no pude hacer más que dar un paso dentro del edificio.

Me encontré con un recibidor normal y corriente, sin nada de lujos, pero donde no faltaba nada. Enseguida supe que esa familia no era como la mía, sino todo lo contrario. Yo había crecido entre niñeras y lujos, en pasillos vacíos sin fin y austeros sentimientos; ellos, parecían haber crecido en familia, en el seno de un hogar inundado del calor humano. Su casa lo decía todo. Hablaba por sí misma: era un hogar.

Welsey dejó la maleta al lado de un armario negro en el cual había más de un par de llaves. Seguí pasando la mirada por las blancas paredes y me señaló que lo siguiera hasta lo que parecía un comedor. Una vez allí, observé como el ambiente hogareño

se mantenía por todo el recinto. Aquel lugar era diminuto en comparación a mi casa. Había fotos por todas partes, algún que otro dibujo colgado en cualquier cuadro, un sofá negro y mullido, delante de este, un sillón y un televisor. Aunque, lo que más llamó mi atención fue un armario vitrina lleno de fotografías con los tres chicos idénticos. Me detuve ante alguna de ellas asombrada por el parecido de los tres hermanos. Todos blancos de piel, con una sonrisa enorme y el cabello rizado.

—¿Ahora me crees? —preguntó Welsey a mis espaldas, y asentí asombrada.

—Sí —contesté perpleja y algo asustada—. Tres iguales... ¡qué locura!

El chico rio.

—Suelen decirlo.

Volteé para mirarlo y enseguida me indicó que me sentara, obedecí; luego, él se sentó a mi lado.

—¡Hal! ¡Edward! ¡Venid! —exclamó y enseguida sentí mis nervios crecer.

¿Qué haría ante tres iguales? ¡Era una locura!

Incluso así, sonreí y apareció uno de ellos. Estaba mucho más tranquila, al menos tendría un lugar donde estar.

—Oh... al final has cedido, guapa —sus dientes capturaron su labio inferior.

Apareció mirándome con una sonrisa coqueta en su rostro. Ni siquiera me hizo falta pensar quién era, ya que por su actitud supe que era el que había intentado besarme, Hal. De inmediato giré y observé a Welsey, escaneando cada parte de su rostro para luego compararlo con el de su hermano, increíble. ¡Eran iguales! Con la diferencia de que Hal lucía mucho más atractivo que Welsey, pero solo era por el aspecto. Si comparáramos el cabello despreocupado de Hal con el peinado exagerado de Welsey y sus gafas de pasta, el primero le sacaba una ventaja del cincuenta por ciento.

—Madre mía, sois iguales —murmuré atónita.

—Suelen decirlo —Welsey repitió la frase que había usado minutos antes y estaba segura de que la tendría grabada en la mente de repetirla tantas veces.

—Mentira —declaró Hal sentándose del otro lado con despreocupación—. Yo soy el más sexi de los tres. Soy Hal, encantado —saludó y esbozó una sonrisa que no fue precisamente de bienvenida.

—Naly —contesté seca.

Welsey estaba a mi derecha y Hal a mi izquierda. Miré a Hal alzando las cejas, él era el típico creído que conquistaba a todas con su alto y estúpido ego. Un cliché, algo que había aprendido en películas, series y libros demasiado bien.

—Sois iguales. Excepto porque tú eres un cretino —repliqué mirando a Hal, que se encontraba a mi izquierda.

Nunca había sido una chica reservada y sabía que apenas lo conocía, pero esa era la impresión que me daba. Welsey se rio, y de inmediato Hal sonrió coquetamente de nuevo. ¿No se cansaba? ¡Hasta cuando le insultabas seguía siendo un idiota seductor!

—Cierto —concluyó Welsey—. Ya era hora de que alguien te lo dijera Hal.

—Tú lo dices siempre —contestó el hermano.

—No es lo mismo —replicó el de gafas—. Es mucho más satisfactorio cuando lo dicen otros.

Estaba totalmente fascinada, hasta las voces eran muy parecidas. ¿Cómo se suponía que iba a diferenciarlos? En aquel momento sabía cuál era cuál por la situación, pero en otro momento no sería tan sencillo.

El tercer hermano, exactamente igual a los otros dos, entró al comedor y se sentó delante de nosotros. Impasible, callado, serio y malhumorado, así era como se le podía definir. ¿Qué le pasaba? No lograba entender el porqué de ese comportamiento.

—Me parece que te he dicho que te fueras —dijo clavando su fría mirada en mí.

Welsey se rio.

—Ya hemos hablado de esto, Edward. Ella estará aquí hasta que termine la universidad —informó Hal, a lo que su hermano respondió rodando los ojos.

—No quiero desconocidos en mi casa —declaró Edward.

—Di lo que quieras, Eddie —añadió Welsey—, pero así son las cosas.

—No me llames Eddie y saca a esta tía de mi casa —ordenó Edward manteniendo sus facciones y voz en un mismo tono: impasible.

Le miré fijamente. Yo no quería irme. Es más, no tenía a donde ir si me echaban.

—¡No puedes echarme! ¡No tengo dónde ir! —me quejé mostrando mi mayor necesidad y desesperación.

No quería ir sola a un hotel, estaba harta de estar sola y aunque ellos no fueran la mejor compañía, eran todo lo que tenía.

—Tú no vas a ninguna parte, preciosa —me susurró Hal al oído mientras Welsey le decía algo a Edward.

Hal puso sus brazos alrededor de mí antes de comenzar a acariciar mi cintura.

—Suéltame, Hal —murmuré.

—No quiero —manifestó acercando su rostro a mi cuello.

—¡Quita! —lo aparté inútilmente ya que él siguió pegado a mí— No puedes obligarme a estar así contigo.

—¡Hal! —exclamó Welsey viniendo en ayuda.

Hal alzó la cabeza para mirar a su hermano y noté su respiración en mi cuello.

—¿Qué? —expresó él mientras todos mis intentos estaban concentrados en librarme de sus brazos. ¿Por qué no me soltaba?

Le di un manotazo.

—¡Aprende a respetar! —exclamé deshaciéndome de él.

Welsey bufó mirando a sus hermanos.

—¿Es que no podéis ser normales por una vez en vuestra vida? —preguntó el chico de gafas con una queja— Os dije a ti —señaló a Hal que había vuelto a abrazarme en contra de mi voluntad— nada de intentar sobrepasarte con ella y aceptaste. ¡Pero ahora parece que quieras violarla! ¡Compórtate! —Hal le sonrió pícaro—. Deja de hacer eso, me pones nervioso Hal —miró a Edward—. Y tú... ¿sería mucha molestia ser amable y agradable por una vez en tu vida?

Edward alzó una ceja dejando que su expresión tuviera un tono desafiante, más no pronunció palabra alguna.

—No es mi culpa que traigas a una chica guapa a casa. Tráeme a una fea y gorda y te aseguro que no haré nada —replicó Hal.

Edward lo miró y sin decir nada se levantó para irse, como si las palabras de su hermano fueran menos importantes que el tiempo que estaba perdiendo dándome la «bienvenida».

—Imbécil —le espeté a Hal, sin embargo, no respondió, a lo que de inmediato Welsey rio. ¿Cómo podía ser tan superficial?

—De verdad, a veces me avergüenzo de ser tu hermano, Hal —dijo el chico de gafas una vez que Edward ya había desaparecido.

Hal se encogió de hombros.

—Opino lo mismo de ti.

Welsey le ignoró y volvió a mí.

—¿Quieres ver tu habitación? —me preguntó amablemente.

—Claro —asentí.

Welsey me gustaba, era muy agradable, y no me molestaba en absoluto su aspecto, a pesar de que se me hiciera extraño. Nunca me había importado la apariencia de las personas, puesto que nunca me había juntado con muchas de una manera informal. Y Welsey parecía ser el único con dos dedos de frente de los tres, relativamente, porque entre el pervertido baboso, el caballero oscuro de las tinieblas y el rarito, no podía decir que alguno de ellos rozara lo normal. Aunque, quizá era yo quien tenía una percepción distinta del término normal.

Welsey volvió a agarrar mi maleta y Hal lo miró divertido, riéndose de él.

—Por Dios, Welsey —dijo al acercarse a su hermano—. Dame la maleta, que te vas a caer por las escaleras de lo flojo que eres.

Rodé los ojos.

—Cállate, Hal —ordenó Welsey.

—A mí no me mandes a callar, rarito —Hal se puso a la defensiva.

«Y de nuevo con lo mismo...».

Welsey le ignoró y comenzó a subir las escaleras cargando con la maleta. Su hermano, que seguía intentando demostrar que él era más hombre, se acercó y se la arrebató.

—No quiero acabar en urgencias porque te hayas partido la cabeza —dijo Hal.

Welsey lo fulminó con la mirada, sin embargo, no respondió. En lugar de eso, me miró y solo supe reír en silencio y arquear las cejas con diversión.

—Si él quiere cargar con todo por impresionar, que lo haga —opiné—. A los hombres les gusta hacerse los machos, aunque eso los haga quedar en ridículo.

Welsey se rio y negó con la cabeza.

—Me caes bien —se acomodó las gafas.

—Y tú a mí.

Hal, al darse cuenta de no recibía atención, rodó los ojos antes de detenerse frente una puerta blanca que yacía en el lado derecho del pasillo, la primera de ellas. Había dos más en la pared de enfrente, una al final, y otra contigua a la nombrada en primer lugar.

—Bien —Hal sonrió—, este es tu cuarto.

Cuando llegué a la habitación, después de que Hal abriera la puerta, entré. Era sencilla, a pesar de que tenía algunos detalles decorativos. La cama era doble, el escritorio blanco estaba bajo la ventana, justo delante de la cama. Era un lugar espacioso

y con mucha iluminación. Al otro lado, sobre la cama, unas letras escribían: «las noches que nos perdimos dormidos». La cama tenía varios cojines de colores: blancos, negros y dorados sobre un edredón negro con flores blancas y rojas. A la derecha de la cama, justo al lado de la mesita de noche, había un armario empotrado que ocupaba toda la pared. Me senté antes de que Hal y Welsey entraran detrás de mí.

—¿Te gusta? —preguntó el de gafas.

—Sí, es perfecta —respondí. Hal torció una sonrisa.

—Lo sé —comenzó Hal— y lo que pasará en ella también.

Bufé. Welsey negó con un gesto.

—Sí, la perfecta bofetada que te daré como no pares. ¿No te das cuenta de que estás molestando? —me quejé. Sus comentarios me hacían sentir incómoda.

Hal volvió a las andadas, pero lo ignoré, no iba a dejar que me arruinara la tarde. Estaba cansada del viaje y lo único que quería era dormir.

—¿Queréis dejar de hacer alboroto? —preguntó Edward entrando en el cuarto, a pesar de que aquello asemejaba más una orden que una pregunta.

Se había cambiado de ropa. Llevaba un gorro de lana negro, una camiseta sin mangas negra y unos pantalones largos del mismo color. Muy sexi, demasiado sexi. Dejaba a la vista sus tatuajes. Me sorprendieron los dibujos en su piel, a pesar de que sabía que no tenía por qué, no era de extrañar que los tuviera. De hecho, encajaba a la perfección con su personalidad ¿Me estaba dejando embaucar por su aura oscura?

—Molestáis —añadió.

—Ya llegó el señor oscuro —se burló Hal provocando que Edward le dedicara una mala mirada.

—Mira —dijo acercándose de modo retador a su hermano—, no tengo ganas de aguantar a imbéciles como tú. Así que no me toques los huevos porque me dará igual que seas mi hermano si tengo que romperte la cara.

Hal le dedicó una mirada seria, pero no contestó. Quizá no lo hizo para ahorrarse una pelea, o simplemente por el respeto que su hermano le infundía. Aquello aún debía averiguarlo.

En cuanto al aspecto de Edward, a pesar de ser igual al de los otros dos, era mucho más imponente; su apariencia expresaba que no te atrevieras a meterte con él o a llevarle la contraria. Otro total cliché, al igual que sus hermanos.

Miré a Welsey, que observaba la situación con la misma actitud que yo, sin embargo, rodó los ojos y cruzó los dedos de su mano derecha, escondiéndola detrás de su espalda, como si de esa manera buscara algún tipo de rendición por parte de su hermano.

—Y tú —dijo Edward dirigiéndose a Welsey—. A ver si cambiamos esas pintas, que me da vergüenza parecerme a ti.

Welsey suspiró y algo en su actitud me dijo que estaba acostumbrado a este tipo de tratos. Eso no era justo, juzgar a alguien por su aspecto es una gran muestra de hipocresía, o al menos siempre me ha parecido así.

Recordé a uno de los amigos de mi padre, más que amigo, socio interesado. Cada persona que pasaba por su lado recibía una mirada de superioridad que solía ir acompañada por una mueca que mostraba su actitud hacia esa persona. Su trato con las persona se basaba en apariencias, y quizá por eso le iba tan bien en el mundo de los negocios, la riqueza y las falsas promesas, donde las apariencias son todo lo que importa.

Edward volvió a desplazar su mirada por la habitación, encontrándose conmigo para mostrarme su odio. Me odiaba sin que yo hubiera tenido oportunidad de hacer algo malo o siquiera de presentarme como era debido. Frunció el ceño y se dio media vuelta para salir de allí. Solté el aire que había contenido mientras él estaba en el cuarto, luego observé a los otros dos hermanos que se intercambiaban miradas incómodas.

Por lo que había podido comprobar Hal y Welsey no se llevaban bien, sin embargo, se aguantaban mutuamente. En cambio, con Edward era diferente: Él parecía odiar a sus dos hermanos, y sus hermanos parecían temerlo ¿por qué? Yo no tenía hermanos, pero si algo podía asegurar era que nunca los trataría de esa manera.

«No sabes lo que deseas hasta que lo obtienes, y no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Pero esto, solo pasa a veces», hubiera dicho Caroline, extrañaba a mi niñera.

Hal suspiró antes de mirarme para después sonreír y salir del cuarto, dejándome totalmente confundida. ¿No iba a volver a insinuarse? Welsey se volvió a acomodar las gafas que se le caían a cada momento y se acercó a mí.

—Bueno... Naly —sonrió con amabilidad usando su anterior manera nerviosa y tímida de hablar—, tengo muchos trabajos que hacer y tú estás cansada. Si necesitas algo, mi habitación es la que está al final del pasillo.

Asentí sonriéndole.

—Está bien. Muchas gracias por todo, Welsey.

—No hay problema, es un placer —contestó antes de salir del cuarto, cerrando la puerta tras sus pasos.

Una vez desapareció, me tumbé en la cama quitándome los zapatos y deshaciéndome de mi cazadora rosa pastel.

Si en algo Welsey tenía razón, era que estaba muy cansada.

Suspiré y cerré los ojos en busca de un poco de tranquilidad, ya que mis nervios estaban por las nubes.

«¡Qué locura de familia!».

No había conocido aún a los padres, sin embargo, eran los tres tan raros que solo con conocerlos podía deducir que los padres también lo serían.

Un vago pensamiento me decía que tomara precauciones y no adoptara mucha confianza con ninguno de los tres chicos, ni con la familia. Quizá llegué a esa conclusión por la bienvenida

que me habían dado o simplemente por el hecho de que esto era completamente nuevo para mí.

La habitación no era tan grande como la que tenía en mi casa, que además contaba con baño y *jacuzzi*. No era la clase de casa en la que puedes darte por perdido al encontrarte a ti mismo en un pasillo que antes hubieras creído inexistente. Tampoco era el tipo de lugar en el que deberías esconderte de los secretos de los criados y mayordomos. Las paredes blancas con decoraciones doradas en los arcos de las puertas estaban destinadas a otro tipo de lugar, este era distinto.

Estando ahí tumbada pude respirar el espíritu familiar que envolvía el espacio, al igual que pude decorar mis pensamientos con recuerdos inventados sobre los tres chicos y sus padres. Aun así, aquello seguía siendo un hogar.

Welsley

Dejamos que Naly tuviera intimidad y cuando Hal se dispuso a encerrarse en su cuarto, lo agarré del brazo: teníamos que hablar. No podía comportarse de esa manera con la chica nueva, la estaba molestando.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico con una pizca de soberbia en su tono, sabía perfectamente lo que quería y estaba seguro de que su menor deseo era «perder el tiempo» conmigo.

—Deja a la chica en paz —le dije cruzándome de brazos— ¿Ves normal la que has liado? Respétala, por favor.

—Yo la respeto.

—Entonces creo que tienes un concepto de respeto muy distinto al de todos nosotros.

—¿Qué quieres que haga? Está tremenda —me dio la espalda—. Déjame en paz, tengo cosas que hacer.

—¿Cosas como qué? ¿Llamar a Stacy? —me mostré molesto al nombrar a «su novia», ya que estaba harto de que cada vez que se acostaba con ella acabara en la cocina con una botella de alcohol y una borrachera melancólica de película.

—No —bufó, algo muy característico de él.

—Mira, solo te pido que le des su espacio y que la dejes escoger si quiere estar así de enganchada a ti o no.

—Está bien, está bien —repitió la afirmación como si así tuviera más peso—. Haré lo que tú digas.

—Gracias —no le creía nada, pero yo tampoco tenía ganas de seguir con la discusión.

—De nada, ahora déjame —dijo antes de meterse en su habitación y cerrar la puerta.

Lo siguiente fue conversar con Edward, quien no se mostró muy dispuesto a hablar y me echó de su cuarto más rápido de lo que entré. Así que, finalmente, sin ganas de discutir me fui a mi habitación y estuve navegando por internet un rato. Las clases no habían comenzado aún, así que era libre hasta el día siguiente, por lo que no tenía nada que hacer.

Llevaba tanto tiempo esperando llegar a la universidad. Era nuestro primer día, el de los cuatro a pesar de que Edward no estuviera en la misma facultad, sino en una vieja escuela de arte al cruzar la calle. El Lincon College de la universidad de Oxford era el típico lugar del que te tenías que sentir más que afortunado al ser admitido, pero tampoco eso significaba que eras uno de los mejores estudiantes del país. Hal fue admitido en medicina, aunque siempre recordaré como se quedó observando la casilla de «Estudios musicales» durante unos segundos antes de descartarlo. Y yo fui admitido en una carrera doble de historia antigua y moderna e historia política. Increíble, ¿verdad? Aunque nunca lo hubiéramos logrado sin repetir el último año de la secundaria, después de todo, ese era el plan. Uno muy largo de explicar.

Empezaré con la profesión de nuestros padres: son dueños de un restaurante que se dedica a dar un viaje por la gastronomía internacional, le permitía a los comensales probar platos típicos de todas partes, y aunque esto no tuviera relación directa con nuestros estudios, lo era todo. Esto y nuestra fecha de

nacimiento: 31 de diciembre de 1995, la despedida del año; sin embargo, solo fue despedida para Hal y para mí porque Edward nació el 1 de enero de 1996, a las 00:15, lo que ocasionaba que fuera un curso académico por detrás.

El plan de nuestros padres era irse de viaje a descubrir nuevas culturas para añadir nuevos platos al menú, para ello debíamos estar los tres en la universidad cuando cumpliéramos la mayoría de edad. Así que cuando Hal y yo nos dimos cuenta de que nuestras notas no eran suficientes para entrar en la facultad que deseábamos y tendríamos que mudarnos a Londres, así como el hecho de que Edward se quedaría solo en casa; y, de este modo, papá y mamá no podrían cumplir su sueño, decidimos tirar nuestras notas al vacío y repetir el curso. Fue arriesgado, pero valió la pena. No me arrepentía de haber perdido un año, ni de compartir mis experiencias universitarias con mis hermanos.

Decidí revisar los *e-mails* de Naly y confirmar que hubiera apuntado todo correctamente. Comprobé que así era y me pareció curioso que las fotos que envió estuvieran hechas en lugares lujosos, no me había fijado en eso en un primer momento. Así que, si era de familia rica, ¿por qué había escogido nuestra casa? No tenía nada de especial, de hecho, era igual a todas las viviendas de la calle, estábamos bien asentados, pero no éramos de familia adinerada.

Si en algo tenía Hal razón, era en la belleza de la chica. No podía negar que sus ojos azules, su tez clara y su cabello castaño poseían algo que no fuera hermosura. Su cara poseía ese tipo de belleza que no necesita maquillaje para hacerse notar; incluso, sus ojos estaban adornados por unas largas pestañas, los cuales hacían resaltar, entre aquel mantel de pequeñas pecas, sus mejillas blanquecinas. Era su mirada lo que más cautivaba, ya que sus labios, rosados y finos le daban un toque inocente. Sin embargo, Hal se había fijado en sus dotes físicos dejando de lado su bonito rostro para mirar sus pechos, su figura pequeña y delgada.

Debía medir aproximadamente un metro sesenta y cinco, lo suficiente para no tener que alzar la mirada al hablar con nosotros.

Parecía una buena chica, y eso era lo que me importaba.

Al rato decidí ducharme, luego fui a la cocina a preparar algo de cenar. Me dejé el cabello alborotado para que se secara al aire y me puse unos pantalones cortos y una camiseta de manga corta negra.

Rebusqué en los armarios de la cocina en busca de algo que hacer, pero no tenía la menor idea de qué quería comer. No obstante, cuando Hal bajó se encargó de decidir por ambos:

—¡Quiero espaguetis! —exclamó abriendo los armarios en busca de los ingredientes.

—Me acabas de sacar de dudas—dije.

—¿Qué?

—No sabía qué cenar.

—Pues ahora ya lo sabes —dijo—. Haz la salsa.

Edward apareció.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó.

—Espaguetis —informó Hal—. Haz la pasta, yo haré la ensalada.

Edward asintió, mi hermano era de lo más impredecible. Nunca sabías cuál sería su respuesta, si asentiría sin rechistar o si saltaría a gritos cual perro rabioso.

—¿La zorra querrá comer? —preguntó Edward. «Era de esperar».

—Supongo que sí —dije—. Y no la llares zorra, eso es muy desagradable.

—Pues yo espero que en la cama lo sea —añadió Hal.

—¡Idiota! —exclamamos Edward y yo al unísono. Hal podía ser tan desagradable.

—Perdón, perdón —dijo divertido—. Solo lo pensaba en voz alta.

—Cállate y corta la lechuga —ordenó Edward molesto.

La situación me ponía un poco nervioso, la verdad era que

nunca habíamos tenido a nadie viviendo con nosotros a parte de nuestra familia. Y sí, sabíamos lo que era vivir con una chica por nuestra hermana mayor, Amanda, pero claramente no es lo mismo una hermana que una chica con la que te gustaría acostarte —al menos en el caso de Hal—. Así que no sabía muy bien qué esperar de la convivencia, pero iba a esforzarme para que todo fuera bien.

Naly

La noche se había dado a conocer, por ello, mi mirada tardó en acostumbrarse a la luz de la lámpara una vez la encendí. Alcé mi muñeca para mirar la hora: las siete y tres minutos de la tarde, había dormido prácticamente por dos horas.

Me incorporé algo aturdida sintiendo un hormigueo caminar por todo mi cuerpo con lentitud; esa sensación de cansancio que aparece después de la siesta: un cosquilleo. Subí mis rodillas y me arrepentí de haberme dormido con los tejanos puestos ya que mi cadera se quejaba por la mala postura que, además, le había dejado marca. Torcí una mueca y me levanté para arrodillarme frente a la maleta que descansaba a los pies de la cama. De allí saqué unos *leggings* negros que llegaban hasta debajo de mis rodillas y una sudadera blanca, sencilla, con bordados de flores tropicales del mismo color en los bordes. Después de cambiarme de ropa, y dejar mis tejanos oscuros y mi blusa blanca con rayas verticales multicolores, decidí que bajaría a la cocina a por algo de comer. Tenía hambre, y mucha, con todo el ajetreo del viaje y la gran bienvenida que había tenido —nótese la ironía— había olvidado comer.

Sentí ganas de ir al baño y entonces lo recordé... ¿compartir el baño con esos tres? Aquello iba a ser asqueroso, un claro homicidio a mi higiene personal. Peiné mis cabellos y después de deshacerme del maquillaje con una pequeña toallita salí del cuarto. El dormitorio del final estaba cerrado así que quizá Welsey estaría estudiando.

Crucé el pasillo de nuevo y bajé las escaleras esperando encontrarlos en la planta principal. Escuché unas voces procedentes de alguna habitación y las seguí. Llegué a la cocina, la cual se unía al comedor con un arco de medio punto sin puertas, me asomé y abrí los ojos como platos al ver a los tres chicos de espaldas a mí. Welsey, por lo que parecía, se había duchado y su pelo caía de la misma forma que el de los otros dos. Los tres llevaban una camiseta de manga corta y unos pantalones cortos. Todos del mismo estilo y color: negros. Maldije en mi mente. En un primer momento había conseguido diferenciarlos a todos gracias a su aspecto y estilo, sin embargo, en aquel momento me fue imposible.

—Eso no es así —dijo uno de ellos dejando que la paciencia se mostrara en sus palabras—, tienes que poner los fideos cuando el agua ya haya hervido.

—¡Ah! pues dímelo antes —contestó el otro volteando para mirar a su hermano con molestia.

—¿Hay que decírtelo todo? ¿Hasta lo más obvio? —preguntó de nuevo con tranquilidad y paciencia. Ese debía ser Welsey.

—No, no hay que decírmelo todo —replicó el otro.

—Ah, ¿sí? Y ¿qué no hay que decirte? —volvió a preguntar el chico con diversión y el que había estado callado habló.

—¿Queréis callar y prestar atención a lo que hacéis?! ¡Me estáis poniendo nervioso!

Mi mente se encargaba de intentar diferenciarlos, sin embargo, era muy confuso. Llegué a la conclusión de que el intentaba callar a Wesley era Edward, con los otros dos me resultaría más complicado si seguía observándolos de espaldas. Caminé hasta la barra que había en el centro de la cocina y me senté, entonces parecieron notar mi presencia ya que en un momento dado voltearon al mismo tiempo para observarme. Iguales. Condenadamente iguales. Sonreí cuando vi las gafas de Welsey. Con él tendría suerte. Benditas gafas.

—Em... Hola —saludé intentando controlar el cosquilleo nervioso en mi tripa que me hacía sentir intimidada.

—Hola, Naly —saludó Welsey amablemente.

—Hola, guapa —saludó el que con anterioridad se había quejado de las discusiones tontas de sus hermanos.

Aquel debía ser Hal. ¡Ups!, los había confundido.

Edward, que había discutido con Welsey, me miró para después volver a lo suyo. Me molestaba que fuera así de desagradable conmigo cuando yo no había hecho nada malo. Siempre había sido sensible al rechazo, por alguna razón mi mente solo percibía la manera en la que fallaba, dejando de lado las cosas buenas que hacía. Quería que Edward me aceptara porque me sentía horrible cuando una persona me rechazaba. «No puedes gustarle a todo el mundo», eso es lo que dicen, mas siento que es un reto ser aceptada.

—¿Qué hacéis? —pregunté.

—Pues haciendo algo de comer, ¿tienes hambre? —preguntó Welsey.

Asentí. Hal se acercó a mí con diversión e hizo ademán de agarrarme la mano.

—Vamos a mi cuarto, yo acabo con tu hambre —dijo. Frunció el ceño y me solté de su agarre para fulminarlo con la mirada. Su nivel de descaro era lo no visto ni escrito—. Es broma, es broma —se excusó, repitiendo las dos palabras y alzando las manos.

—Más te vale porque no tiene ninguna gracia —declaré.

Odiaba sus insinuaciones.

—¿Qué te gustaría comer? Naly —preguntó Welsey.

—Cualquier cosa sin gluten estará bien —contesté sacando mi móvil de mi pantalón para pasar el rato en alguna red social.

Yo era el tipo de persona que puede pasarse horas mirando imágenes en Tumblr o Instagram.

—No me digas que eres una de esas que no comen gluten por dieta —bufó Hal.

—¿Qué? Soy intolerante, no es una dieta, es una enfermedad —declaré molesta—. Me pongo mal si lo como.

Si había algo que no soportara más que la manera en la que Edward me trataba, era el hecho de que Hal hiciera ese tipo de comentario tan estúpido y necio. Pero todo en él era necio, ¿qué pretendía esperar?

—¿Y qué te pasa si comes gluten?

«¿Por qué todo el mundo hace la misma pregunta?».

—Pues... —comencé, pero Welsey se adelantó a mí.

—Es una enfermedad autoinmune que daña el intestino y afecta en la absorción de vitaminas y nutrientes. Los síntomas más frecuentes son la anemia, el dolor de estómago tras las comidas, fatiga crónica, hinchazón del vientre, caída de cabello, niveles bajos de vitamina B12, dolor de cabeza, irritación inexplicable, desmayos, eccema y vómitos seguidos de diarrea. Aunque en las mujeres también puede ocasionar infertilidad, dolores muy fuertes en los periodos, dolor de pechos y calambres en la zona vaginal —recitó con satisfacción—. A veces sale como una alergia y puede acabar corriendo al hospital.

—Exacto... y ¡wow! —expresé una vez acabó de hablar.

Hal, que se había posado en la barra para apoyar sus antebrazos y mirarme con atención, volteó hacia su hermano alzando una ceja.

—Quería que ella me lo explicara, no tú, idiota —dijo.

Welsey soltó una risa y comenzó a rebuscar en los armarios.

—Te haré algo que te hará ver el cielo de lo bueno que estará —expresó Hal con decisión antes de apartarse del lugar y caminar hacia donde Welsey se encontraba—. Tsé, ya me encargo yo de ella.

—Como digas, príncipe azul —contestó Welsey burlándose de su hermano.

Reí y llevé mi atención al móvil, poniendo especial interés en las redes sociales. Los chicos estuvieron un rato más haciendo

la cena, así que decidí ayudarles, sin embargo, Hal y Welsey no me dejaban hacer nada, pero Edward insistía en que él no era mi criado para andar haciéndome cosas. A lo que Hal comunicaba que se encargaría de mí. Y de un momento a otro, sin entender bien el porqué y después de casi matar a Hal, Edward salió enfadado de la cocina, llevándose un plato con algo que cogió de la nevera. No lo volví a ver en toda la noche.

Hal se sentó a mí lado cuando acabó de hacerme un plato con verduras, huevo duro y *bacon* salteado.

—¡Gracias! —exclamé agarrando los cubiertos.

La comida de ellos aún no estaba lista y me preguntaba qué estarían haciendo para que tardara tanto.

—Es un especial —contestó satisfecho sin apartar su mirada de mí.

Welsey se sentó también y le dio un plato de espaguetis a la carbonara a Hal.





CAPÍTULO 2

Naly

Alguien me tocó el hombro suavemente, me estremecí y seguí durmiendo. Movié su mano bajando por mi cintura y llegó a mi cadera. No tenía la suficiente conciencia para apartarle, aun así me revolví en mi sitio. «Estaré soñando», pensé. Otra mano apareció, haciendo que abriera los ojos y soltara un grito:

—¡Hal, quita! ¡Enfermo! —exclamé mirando al chico de sonrisa pícara e irritante que yacía a mi lado. No me hacía falta preocuparme por cuál de los tres sería, era él, de eso no cabía duda.

—Buenos días —saludó.

Alcé una ceja. ¿Aquello iba en serio?

Aún sentía en mi cuerpo ese cosquilleo característico del sueño, pero me levanté e intenté mantener la calma. Mi pulso iba a mil, Hal había tocado partes de mí que hace mucho tiempo no eran tocadas.

—¿Tú crees que estas son maneras de despertar a alguien? —comencé a golpearle, pero su expresión mostró que mis puños no eran más que caricias, a su parecer— ¡Cerdo!

Volvió a reírse.

—Es que estás muy buena, no puedo evitarlo —se excusó agarrando mis brazos.

—¡Descarado de mierda! —le volví a chillar.

—¡Hey! —escuché una voz y me giré para descubrir a Edward en *boxers* mirándonos desde la puerta. Dios mío era demasiado sexi— ¿Por qué tanto ruido? Hal, te he dicho mis veces que dejes de molestar a Naly. ¡Déjala vivir! —fruncí el ceño por sus palabras, aunque estaba claramente embobada mirando semejante dios griego.

¿Qué me dejara en paz?

—Cállate, Welsey —bufó Hal.

¡Mierda! Había vuelto a confundirlos y sentí mis mejillas sonrojarse de vergüenza. Él notó mi mirada y no tardó en sonrojarse también.

—No me mires tanto... —pidió agachando la cabeza e incómodo.

¡Qué mono!

—Pe... Perdón —murmuré—, es que te he confundido con Edward.

—Eso es porque no has visto a Edward sin camiseta aún —dijo Hal—. La enorme mariposa que tiene en la barriga es inconfundible. Y ¿sabes de qué es la mariposa? ¡De mariposón!

—Ah... no tiene gracia —contesté.

—Jo... —bajó la mirada fingiendo decepción.

Welsey seguía en la puerta observando, nuestras miradas se cruzaron y no pude evitar querer romper el contacto.

—Eh... voy a vestirme —dijo y salió de la habitación, dejándome sola con Hal de nuevo.

—Yo también voy a vestirme —miré a Hal quien fruncía el ceño.

—Eh, espera—dijo agarrando mi brazo—. No me gusta como miras a mi hermano.

—¿Qué?

—Te lo has comido con los ojos.

—Pues claro —obvié— si se me planta delante en *boxers*, ¿cómo quieres que no mire?

—Pues no mirándolo —imitó mi tono de voz.

¿Tenía celos? ¿Pero qué le pasaba a ese chico?

—Déjame, yo miro a quien quiero.

—A mí no me miras así.

No podía creerlo, se estaba comportando como un celoso.

—Hal, sois iguales.

—No somos iguales.

—Sí, lo sois. Sois trillizos y tenéis el mismo físico, pero los tres sois muy diferentes en personalidad—Hal sonrió.

—Sí, a eso me refiero —respondió antes de besarme sin previo aviso ni permiso.

No tuve tiempo de reaccionar. Ni siquiera fui consciente de como mis labios respondían hasta un par de segundos más tarde. Estaba perpleja, nunca había sentido nada así. Pero no iba a continuarlo.

—¡Hal! —mi mano aterrizó en su mejilla dejándosela al rojo vivo.

No lograba entender su personalidad. Era tan raro que se lanzara sin ton ni son a mí. Ni siquiera podía encontrarle el sentido.

—Auch... —murmuró—pegas fuerte, ¿eh?

—Llevo toda mi vida practicando para esto.

—¡Wow! ¿y eso?

—¡Vete! —grité provocando que él se levantara alzando las manos.

—Está bien, está bien. Me voy.

Lo fulminé con la mirada cuando volteó y salió del cuarto.

—¡Cierra la puerta! —volví a gritarle y la cerró con una carcajada.

Pensé en ducharme, pero me había entretenido tanto con Hal que no me daría tiempo. Así que me puse un vestido casual con algo de rizo y unos zapatos de tacón. Después fui al baño a peinarme y maquillarme, pero alguien lo había ocupado así que bajé a desayunar.

—Buenos días —saludé a los dos chicos que estaban en la cocina.

—Buenos días, Naly. ¿Has dormido bien? —me preguntó Welsey amablemente. Sonreí y asentí. Él me devolvió la sonrisa y volvió a su desayuno.

El otro me miró y dejó que el silencio hablara por él, era Edward. Welsey me enseñó cómo estaba distribuida la cocina para que yo misma me sirviera. Opté por un café y unas tostadas con aguacate. Cuando acabé de desayunar, terminé de arreglarme. No sabía cómo llegaría a la universidad, ya que, por lo que parecía, cada uno iba por su cuenta.

—Welsey —llamé al chico, este llevaba un maletín en una mano y en la otra sujetaba una carpeta.

—Dime.

—¿Cómo se va a la universidad? —pregunté viendo como Edward salía de casa con su chaqueta de cuero y cerraba de un portazo.

—Pues... —comenzó Welsey.

—Hey, guapa —dijo Hal bajando por las escaleras e interrumpiendo a Welsey—, ¿quieres que te lleve en coche?

Lo miré y asentí.

—Em... Sí, claro —quizá no era la mejor opción, pero aún no conocía suficiente la ciudad.

«Esto es una locura, Naly», susurró mi conciencia.

—Bien pues... vamos —se acercó a mí.

Welsey, que había quedado excluido de la conversación, observaba.

—Nos vemos allí entonces —dijo.

—Nos vemos —repetí y salí detrás de Hal que me llamaba desde la puerta.

Volví a preguntarme por qué narices estaba fiándome del pervertido para que me llevara a clase. Curiosamente no había intentado nada aún, pero estaba más que segura que en pocos minutos no podría decir lo mismo.

—¿Te gusta? —preguntó Hal señalando un Range Rover negro.
—¿Tiene que gustarme? —le pregunté solo para llevarle la contraria.

Claro que me gustaba, obvio. Él me sonrió. «Otra vez la sonri-sita tonta».

—Claro —abrió la puerta del copiloto—. Pase, señorita.

«Un poco tarde para ser educado, Bradley».

Entré y enseguida un coche de segunda mano, que pedía por una capa de pintura, se paró a nuestro lado. Fruncí el ceño cuando el chico rubio que estaba dentro del coche tocó el claxon y una chica castaña, que lo acompañaba en el asiento lateral, me observó.

—¿Quién son esos? —pregunté a Hal cuando entró en el coche.

—Los amigos raritos de Welsey.

—Oh...

De inmediato puso el motor en marcha, y yo seguí observando a los dos extraños con los que Welsey había subido al coche. Sonreía mientras hablaba con los otros dos, era agradable ver que alguien le trataba bien. Imité el gesto de Welsey y salí de mis pensamientos cuando noté a Hal muy cerca de mí, acariciándome la pierna.

—Hal... —le advertí al notar su sonrisa en mi cuello.

El coche se fue y nos quedamos solos en el aparcamiento. Aquello era incómodo y no porque el motor rugiera más fuerte que mis nervios, sino por la cercanía del chico.

—Ya te tengo toda para mí —dijo antes de que sus labios besaran mi cuello.

—Hal... —sus besos eran tan suaves que me provocaban cosquillas.

Maldito Hal y tonta de mí.

—No quieres que pare.

—¡Hal, quita! —lo aparté presa del pánico. Él no podía saber lo que provocaba en mí.

Hal gruñó molesto y agradecí al cielo estar sentada, porque las piernas me comenzaron a flaquear.

—Vamos a llegar tarde —insistí—. Vámonos.

—Venga, Naly —insistió volviendo a mí.

—No, déjame.

—Está bien —suspiró rendido antes de comenzar a conducir.

La universidad resultó ser inesperada; ni cerca de lo que me habían contado. Había un edificio que parecía querer tragarme: grande, alto... gigantesco diría, con pequeñas decoraciones góticas que jugaban entre ellas a alzarse hasta ver cual llegaba más arriba. Líneas rectas, arcos en punta, ventanas enormes que enseguida me hicieron pensar en cuántas cosas habrían visto, cuántos amores y guerras perdidas, cuántas tormentas y días de lluvia en las que un piano tocaría en su interior... quizá intentando llegar al cielo con sonoras melodías desde aquel edificio en tonos grises.

Por eso concentré mi vida en estudiar historia, porque no podía evitar pensar en las anécdotas que podría contarme cada edificio antiguo, y así, enseñarme a no cometer los mismos errores.

¿Podría el patio central decirme cuántas vidas les costó la bomba del año que ni siquiera se? ¿O cuántas sonrisas dibujaron rostros desconocidos tras el nacimiento de la nueva reina?

Quería descubrir el mundo... todo, entero. Y lo sentía escondido bajo mis pies.

Ya me había olvidado de la presencia de Hal y de todos los presentes que caminaban de un lado a otro; estaba demasiado perdida en mis propios pensamientos. ¿Cómo había podido estar toda la vida alejada de esto? Sentí ganas de correr por el césped del claustro del edificio, el cual parecía haber sido pensado como monasterio.

Maravilloso.

Mis palabras se ceñían a mi pasión por la historia y por lo desconocido, que cada vez era más fuerte. E incluso, tanto, que podía sentir como los secretos me gritaban que estaba en el lugar ideal.

—Este sitio es maravilloso —susurré con una sonrisa que iluminaba mi rostro, estaba segura de ello.

—Eso dicen —Hal habló a mi lado, pero supe que no entendía mi punto—. Y también lo es la locura que se ha montado aquí.

Y era cierto. Era imposible calcular el número de personas que podían estar por allí yendo de un lado a otro, viviendo vidas totalmente ajenas a la mía. Me pareció curioso la manera en la que la realidad no es la misma para nadie.

—¡Hal, amor mío! —escuché una voz chillona detrás de mí que, automáticamente, dejó mi perplejidad de lado para hacerme rodar los ojos.

Así que Hal tenía novia... Pobrecita, ser la cornuda de la universidad no debía ser fácil.

—Hola, Stacy —saludó el chico ya mirando a la joven pelirroja quien vestía con demasiado esmero como para ir a estudiar.

Enseguida acabé a un lado cuando ella se enredó en él. Comenzaron a besarse, y el asco se apoderó de mí. Aparté la mirada de ellos algo molesta. Vi a Welsey a lo lejos con la chica y el chico del coche. Por alguna razón tuve la tentación de acercarme a ellos, ya que sabía que Welsey me acogería de modo gentil y no se olvidaría de mí al cabo de un rato.

—Naly —Hal me llamó, por primera vez usando mi nombre.

—¿Qué? —pregunté alzando una ceja.

Él sonrió de oreja a oreja y se acercó a mí junto con la suelta de su novia.

—Esta es Stacy —la presentó.

Me esforcé por no rodar los ojos, ¡cómo si no me hubiera enterado ya!

—Encantada —saludó sonriéndome de la manera más falsa que había visto en mi vida.

Y eso que había visto a mucha gente falsa.

—Naly, encantada —aludí de la misma manera.

La mutua poca amistad entre nosotras podía notarse desde la otra punta de la ciudad.

Hal esbozó una sonrisa satisfecha antes de que otro chico se acercara a nosotros. Este tenía ojos cristalinos, cabellos castaños y cortos, labios finos y rosados. Su sonrisa blanca adornaba su fuerte mandíbula. Su piel era clara; el típico inglés con las mejillas ligeramente rosadas por el frío. Tuve que alzar la cabeza ligeramente para mirarlo, ya que era casi tan alto como Hal.

—¿Qué tal, Eiden? —preguntó Hal.

—¿Esta es la chica de la que hablabas? —Eiden me miró— Soy Eiden, encantado.

—Naly, igualmente —sonreí de modo cordial.

No me habló más, solo sonrió antes de que decidieran ir a clase. Por extraño que me pareciera el hecho de que a cada paso una persona se uniera al grupo, me adapté lo mejor que pude. Por lo que observaba, Hal y Eiden eran los populares del campus, cosa que me sorprendió. ¿Por qué, Hal? Welsey era mucho más encantador y Edward desprendía misterio y sensualidad.

—Hal —llamé al chico que tenía a Stacy agarrada de la cintura y ambos me cedieron su atención.

—Dime, guapa —preguntó con un gesto seductor.

¿Es que no tenía ni el más mínimo respeto por su novia? En el caso de que fuera su novia.

—¿Dónde está recepción? —tenía que ir a por mi horario y a dejar algunos papeles.

Se quedó pensativo. ¿Él? ¿Pensando? No podía ser...

—Está al lado de la biblioteca —informó la pelirroja sacando a Hal del apuro—. Te acompaño —me sorprendió su oferta, pero no me opuse.

De hecho, no me fiaba de ella ni un pelo a pesar de no conocerla todavía.

—¿Vamos? —preguntó al ver que ninguno hablaba.

—Sí —contesté.

—Hm... Os acompaño —Hal intervino, pero ella se ocupó de pararlo.

—No, tranquilo. Tú ve a clase y guarda un sitio para mí —sugirió Stacy dándole un beso corto que se sintió incómodo para mí.

—Vale —a la chica no le hizo falta insistir mucho, ya que él enseguida cedió—. Nos vemos, Naly.

—Nos vemos —me despedí.

La pelirroja me agarró del brazo y caminó por los pasillos casi arrastrándome, mientras yo pensaba en como escapar. Los pasillos no tardaron en vaciarse, ya que las clases estaban por empezar y nosotras pasábamos desapercibidas.

—¿Qué ha intentado? —preguntó parándose en seco y comprobando que no había nadie.

—¿Qué?

—Mira, guapa. Hal es mío —me amenazó con su postura, pero no pude evitar reír interiormente. «¿Tuyo? Más quisieras...». Con lo poco que lo conocía tenía suficiente para saber que no era un hombre de una sola mujer —. Y sé que es muy pervertido, ¿qué ha intentado?

Aquello fue increíble. ¿Quién en su sano juicio saldría con una persona como Hal? ¿Cómo podía salir con alguien y estar a cada rato pendiente de si le engañaba o no?

—Nada —pensé que así le cubría las espaldas a Hal. Quizá era tonta, pero vivía con él y no quería problemas.

Me miró poco convencida.

—No te creo. Si intenta algo, tú apártalo, pégale, lo que sea.

—Por Dios, Stacy —contesté— ¿Cómo puedes salir con alguien que te tiene pensando así todo el tiempo?

No debería haberlo preguntado, pero aquella chica era tonta.

—Eso no te importa —hizo una pausa molesta—. Ahí está recepción —señaló una puerta al final del pasillo— y hazme caso, como...

—¡Naly! —alguien me llamó.

—¿Hal? —volteamos y preguntamos al unísono.

La respiración de Stacy se agitó, y alcé una ceja. ¿Había gato encerrado en lo anterior?

—Hm... no, Welsey —nos dedicó una mirada incómoda.

Lo observé, fijándome en los papeles que llevaba en la mano.

—¿Qué quieres, idiota? —preguntó la pelirroja.

Otra que lo trataba mal. ¿Quería darme más razones para que sintiera antipatía por ella?

—Yo... uhm... —el chico se quedó sin mucho que decir— me voy a recepción.

¡¿Por qué se dejaba intimidar?!

Dicho eso pasó por nuestro lado con la cabeza agachada. Le seguí con la mirada hasta que entró en la puerta que, minutos antes, Stacy me había señalado.

—¿Por qué le has dicho eso? —le pregunté molesta—. No es idiota.

—¿Eres amiga de esa cosa? —preguntó con desprecio.

Aquello hizo que me entraran impulsos asesinos contra ella.

—Sí, y no es una cosa. ¡Es el hermano de tu novio!

—No me lo recuerdes...

¿Cómo se podía ser tan estúpida?

—Mira, no me importa si estás con Hal. Puedes estar tranquila porque no me interesa en lo más mínimo. Pero Welsey, como te metas con Welsey te metes conmigo, y eso ya es algo personal —ella alzó una ceja ante mis palabras.

—Hal te ha dado la oportunidad de ser una de nosotros. Somos alguien aquí. Y ese es el rey de los pringados. Tú eliges: O los que son alguien, o los donnadie de la biblioteca. Ten cuidado, porque tu vida aquí puede irse a la mierda.

¿Esa chica creía que seguía en el instituto o qué?

Dicho eso, se dio media vuelta y salió dejando que todo su orgullo se mostrara.

—Adiós, sirenita —me despedí con recelo antes de dirigirme a recepción—. Estúpida...

Entré y me encontré a una mujer rubia de unos cuarenta años detrás de una enorme mesa, Welsey hablaba con ella.

—Los horarios y asignaturas de los nuevos están ordenados por orden alfabético en la carpeta azul —informó Welsey—. Y los documentos de la información de los eventos están en la roja.

—Gracias, Welsey, eres un sol —contestó ella.

¿Él había ordenado aquello?

—No hay de qué —contestó el chico, después alzó la mirada y me vio—. Naly, espera un momento, tengo tus horarios justo... por aquí detrás.

Se dio la vuelta para rebuscar en unos archivos.

—Él parece el secretario —dijo la mujer con diversión— ¿Tú eres la chica que vive en su casa?

—Sí, soy yo. Naly, encantada —contesté con una sonrisa y me presenté.

—Encantada. Yo soy Anna —dijo ella—. ¿Te han mareado mucho?

Hice una mueca.

—Un poco.

—Son una locura de chicos. No dejes que te vuelvan majareta con sus movidas.

Reí por la diversión que había en sus palabras.

—Ya lo he encontrado —Welsey se acercó a nosotras y me dio los papeles—. ¿Te acompaño?

Asentí.

—Por favor —supliqué.

—Adiós, Anna —se despidió Welsey antes de salir—. Mañana traeré los informes.

Ella consintió con una sonrisa.

—Hasta luego —me despedí también.

—Hasta luego —finalizó Anna.

Él cerró la puerta y me miró.

—Creo que te toca historia contemporánea.

Ojeé mi horario y asentí, efectivamente, tenía historia contemporánea.

—Sí... en el salón treinta y seis.

—A mí también me toca clase allí —confesó satisfecho.

¡Bien! Agradecía tener esa clase con Welsey, así no tendría que soportar ir sola.

—Lo siento —me disculpé al cabo de unos minutos y dos pasillos recorridos.

Frunció el ceño, algo muy común en los Bradley.

—¿Por qué?

—Por Stacy.

Suspiró.

—No te preocupes. No ha sido tu culpa y, además, ya estoy acostumbrado.

Le dediqué una mirada preocupada, él no merecía ese trato.

—Solo... no les hagas caso, ¿vale?

Asintió.

—Intento no hacerlo.

Pasé las clases con Welsey, curiosamente, le tocaban las mismas asignaturas que a mí. Y aunque todo el mundo me miraba como si estuviera loca, yo estaba más que feliz por estar con Welsey a mi lado. Ambos cursábamos la carrera de historia, sin embargo, él se especializaba en historia antigua y yo contemporánea. Alguna vez había llegado a llamarme la atención su elección profesional, su inteligencia era increíble y su eficiencia también, entonces... ¿por qué una carrera como historia y no una carrera en ciencias o economías? Quizá mi pregunta era tonta, pero popularmente, los chicos inteligentes siempre acaban yendo a carreras mejor pagadas. Sin embargo, sabía que Welsey acabaría decantándose por la investigación.

—No sé si querrás, pero podrías venir a almorzar conmigo y los demás. Aunque, si quieres ir con Hal siéntete libre.

—Iré contigo —dije sin pensármelo dos veces— no quiero ir con Hal y sus amigos.

Rodé los ojos y Welsey rio.

—Pues... siento ser el culpable de que tu reputación se vaya al garete.

—La reputación aún no la tengo —le dije, y era cierto, no me había dado tiempo a hacerme con una.

Él negó con un gesto.

—Pues la poca que podrías tener.

—Tranquilo. No me importa perder la «reputación» —hice énfasis con los dedos.

Él rio.

—Pues entonces vamos.

Cuando salimos del aula, la reacción popular fue contraria a la anterior con Hal; nadie nos miraba y, a decir verdad, ni siquiera extrañe la atención. Me sentía bien siendo solo una más: invisible, como Welsey. Fuimos hasta la cafetería donde me preguntó si quería comer algo, me compré una palmera de chocolate sin gluten y un zumo de naranja. Él no pidió nada, pero insistí en que comiera algo, así conseguí que escogiera un café. Después de comer, me dijo que iríamos a la biblioteca, donde estaban sus amigos esperando. Me gustaba la idea, nunca había estado en una biblioteca; un poco antes de llegar vi a Edward con sus amigos. Estaba sonriendo. ¡Sonriendo!

Increíble, ¡sabía hacerlo!

No comenté nada sobre ese hecho, ni siquiera cuando una de las chicas que se encontraba con él me dedicó una mirada asesina... qué extraño.

Aparté la mirada y seguí a Welsey hasta la biblioteca, era enorme.

Allí dentro solo se escuchaban murmullos entre los pasillos repletos de libros que parecían absorberme. Continué detrás de Welsey hasta que se paró donde estaba el rubio y la castaña que

había visto antes en el coche, estos hablaban animadamente. El chico era muy guapo: ojos azules, piel blanca como la nieve y cabellos rubios, pecas graciosas alrededor de su nariz y labios finos y rosados. No parecía muy alto, sin embargo, al estar sentado solo pude comprobar que su cuerpo era todo lo contrario a robusto. Su manera de vestir destrozaba todo lo adorable que podía ser. Wesley y el rubio eran réplicas, con la diferencia de que este último no llevaba gafas de pasta. Y la chica era sencilla, cabellos castaños y ondulados, por la mitad de la espalda, recogidos en una coleta, ojos grandes, miel y brillantes, con pestañas grandes que no se había molestado en maquillar. Su rostro gritaba natural y su atuendo era unos sencillos tejanos y un jersey de lana blanco.

—Wade, Lottie —Welsey los llamó y ambos voltearon dando por finalizada su conversación—. Esta es Naly, la chica que ahora vive en mi casa.

Me dedicaron una sonrisa.

—Hola, soy Wade ¡Bienvenida! —estiró la mano con diversión y reí.

—Naly Abney —me presenté estrechando su mano.

La chica vino después.

—Charlotte Mayer, encantada —sonrió y repetí el gesto de la misma manera que había hecho con Wade—. Llámame Lottie.

Sonreí.

—Encantada —dije.

—Wade, no vas a creerte lo que voy a decirte —dijo Welsey.

—Pues si no me lo dices no —replicó el amigo.

—Tonto... quería decirte que ya he encontrado los archivos —informó el de gafas antes de que el otro pareciera haber escuchado la mayor maravilla del mundo.

—¿Qué?! ¿En serio? —exclamó el chico en voz alta. La biblioteca nos llamó la atención y tanto Lottie como yo reímos—. No puede ser —repitió Wade susurrando y volvimos a reír.

Miré a Lottie.

—Siempre son así —dijo ella—. No te alarmes si luego cuando estés en casa comienzas a pensar en cosas raras de las que hablan; o si de repente los escuchas hablando algo en latín y tú no sabes latín. Son cosas que se te quedan estando con estos dos listillos.

Reí, yo sabía latín, pero no estropearía su broma.

—Son graciosos —los miré a ambos, que, a su vez, observaban un papel con apuntes y hablaban como dos niños pequeños—. Parece que están viendo la cosa más interesante del mundo.

—Y que lo digas —contestó. Hubo silencio por unos minutos y luego volvió a hablarme— pensé que irías con Hal, te he visto esta mañana en su coche.

Suspiré pensando ¿Qué había visto exactamente?

—¿Qué... qué has visto?

Ella rio.

—Como se te tiraba encima.

¡Qué vergüenza!

—Arg, es un baboso y un pervertido, no sé cómo se me ha ocurrido subirme en el coche con él —bufé y ella rio.

—El chico está muy bueno —dijo y alcé una ceja.

—Pues igual que Welsey.

—No es lo mismo. Welsey es...Welsey.

—Hoy lo he visto en *boxers* y pensaba que era Edward —ella comenzó a reír por mis palabras.

—¡Pero si Edward está lleno de tatuajes!

Un portazo interrumpió la conversación. Nos giramos en dirección a la puerta viendo como una de las bibliotecarias regañaba a la recién llegada que se dedicó a ignorarla y caminar hacia nosotros. Allí estaba, la chica de antes, la amiga de Edward. Miró a Welsey, que fingía ignorarla. Se acercó a nosotros sin pavor, dejando que su cabello negro se moviera con la gracia de

su caminar que, además, me recordaba a Edward. Su actitud era la misma. Pasó por nuestro lado, pero nos ignoró para pararse frente a Welsey y sin vacilar un segundo, habló.

—¡Eh! rarito —dijo— ¿Has hecho lo que te pedí?

Welsey la miró nervioso.

—Em...Mmm... yo... Adriana... no he tenido tiempo

—contestó y me asusté cuando le dio un golpe en el brazo.

¿Por qué era tan violenta?

—¿Cómo que no has tenido tiempo? Te dije que lo quería hoy.

Welsey suspiró ante nuestras miradas inquietas. ¿Qué diablos hacía esa chica en la universidad cuando ni siquiera era responsable de hacer sus propios trabajos? Estaba segura de que otra persona mejor que ella se había quedado sin plaza por su estupidez.

—Pero...

—Nada de peros, idiota, mañana por la mañana lo quiero, y como no esté... despídete de tu vida.

¡Qué manía tenían todos con insultarle!

Después de eso, la chica giró y salió de la biblioteca. Solté todo el aire acumulado y miré a Welsey. ¿Por qué tenía él que aguantar todo? ¿No se suponía que en la universidad ya se era suficientemente mayor para tener cierta madurez? ¡Allí nadie la tenía!

—¿Qué ha sido eso? —pregunté algo confusa. No entendía a que había venido la chica.

—Tenía que hacerle unos trabajos —informó el chico— y no se los he hecho. Ella está en un curso superior. Es amiga de la infancia de Edward y bueno... siempre ha sido así.

—¿Por qué tienes que hacérselos tú?

—Porque si no la chica se enfada y Welsey acabará mal —me aclaró Wade.

—¿Y Edward no dice nada? —pregunté incrédula.

—No, en todo caso se apuntaría él primero para pegarle —informó Wade.

Aún no entendía por qué Edward los odiaba tanto, era una familia, se suponía que los hermanos se apoyaban entre sí.

Me acerqué a Welsey y lo abracé. Su mirada fue confusa, pero no rechazó el abrazo, todos necesitamos uno de vez en cuando.

Alguien me agarró del brazo cuando salí de la biblioteca, y me arrastró para arrastrarme con fuerza. Cuando volteé espantada, me tranquilicé al ver a uno de los trillizos.

—Eh, ¿qué haces? —dije e intenté que Hal me soltara.

Él no me contestó, solo caminó entre los estudiantes hasta salir del recinto, dirigiéndose a los jardines del campus. Una vez fuera, me llevó a un lugar donde casi no había nadie y me soltó.

—Hal, ¿qué estás haciendo? —le pregunté, él me miró frunciendo el ceño.

—¿Por qué estabas con Welsey? —me preguntó.

—¿Y a ti qué te importa? —repliqué—. Me cae bien, es muy simpático, a diferencia de ti.

Él rodó los ojos.

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué le prefieres a él? —aquella pregunta me pareció estúpida.

—Porque tiene más cordura que tú —quizá estaba siendo demasiado directa—. Tú eres raro.

Él frunció el ceño.

—No soy raro.

—¿Las personas normales se lanzan sexualmente a personas que no conocen? —no replicó— ¡Eres raro!

—Bueno... ¿y eso qué importa?

—Estás celoso de tu hermano por una chica que conociste ayer.

—¿Y?

—¡Enfermo! —le grité. Él me agarró de la cintura y se pegó a mí, acercándose a mi oído.

—Todas caen con esto, ¿por qué tú no? —dijo y lo aparté.

Aquel chico no estaba entendiendo el punto de la conversación.

—Porque yo no soy todas —me crucé de brazos—. Y si no te importa me voy, que he quedado con tu hermano.

Volteé dispuesta a irme, pero él me detuvo.

—No, no —dijo—. Tú te vienes conmigo, a mi hermano que le den.

—¡Suéltame!

—Que te vienes conmigo —dijo agarrándome de las piernas y subiéndome a su espalda, lo que hacía que se levantara la falda de mi vestido. Llevé mis manos a mis piernas como pude, sufriendo por quedarme en bragas delante de toda la facultad.

—Hal, ¡suéltame! —era un incordio de persona.

—Cuando llegemos al coche, cariño.

—¡Hal, que me sueltes! ¡No quiero ir a tu coche!

Seguí gritando y pataleando, pero era inútil, él no tenía intención de soltarme y parecía darle igual que todo el mundo nos mirara. Parecía no importarle que Stacy apareciera en cualquier momento y le viera conmigo. Cuando llegamos al aparcamiento, vi a Welsey, Wade y Lottie esperando en el lugar donde habíamos quedado para reunirnos. Hal pasó por delante de ellos.

—Me la llevo —les dijo a los tres.

—¡Hal, suéltame ya! ¡No quiero ir contigo a ninguna parte! —me quejé.

—Cállate —me ordenó el chico de cabellos ondulados.

—Hal, suéltala. No puedes retener a las personas —le dijo Welsey.

—Sí que puedo, pedazo de gay —le golpeé en la espalda cuando insultó a su hermano —Naly, ¿qué haces?

—Como vuelvas a insultarle te corto los huevos —escuché como se reía, pero yo iba totalmente en serio.

—Bueno... nos vamos —dijo Hal llevándome.

Ya le valía a Welsey, mira que dejarme con su hermano... Esa la apuntaría en mi lista de cosas que hacerle pagar a los Bradley.

Hal fue hasta su coche y, para mi sorpresa, ahí estaban Eiden, Stacy y la chica que antes iba de la mano con el amigo de Hal.

—Hal, ¿qué haces? —Stacy no puso su mejor expresión al verme.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió él.

¿Por qué trataba así a su novia?

—Pues me importa —dijo ella—; ¡Porque eres mi novio y no puedes ir cogiendo a otras en brazos! —él la ignoró.

—Eiden, ya la tengo —dijo Hal.

—¡Hal, suéltame! —insistí.

—Ya va, ya va —contestó rodeando el coche—. Ahora nos vamos a casa —me dijo, abrió la puerta y me metió dentro del coche para después cerrar.

—¡Cabrón! —exclamé frustrada.

Él rodeó el coche y después de despedirse de sus amigos, entró. No lo miré. Puso el coche en marcha y salió del aparcamiento. Mi mal humor aumentó ante su tranquilidad. ¡Cabrón!, era un cabrón cínico y maniático controlador. Estaba segura que de pequeño, en vez de mirar dibujos animados, miraba porno o era demasiado fan de *Shin Chan*.

—¿Por qué esa cara? —preguntó haciéndose el ofendido.

—Enfermo.

Bufó.

—Como digas —volvió a fijar su vista en la carretera.

Cuando llegamos a casa fui directamente a mi habitación, ignorándole, y me puse a estudiar. ¡No entendía por qué había montado tal numerito si solo íbamos a casa! Apenas habían empezado las clases, pero no quería dejar cosas atrás, así que estuve un rato tranquila, preguntándome porque Hal no estaría molestándome, no me había vuelto a dirigir la palabra desde que habíamos entrado. Así que saqué mis apuntes de historia y me puse a repasar agradeciendo el silencio y la normalidad que había en casa. Edward y Welsey aún no habían llegado y el hecho de estar sola en casa con Hal, y que este estuviera tan silencioso, me daba mala espina.

—¿Qué haces? —susurró la voz de Hal en mi oído y me sobresalté.

—Hal, no me asustes así.

Él rio.

—Lo siento —se disculpó—. ¿Qué haces?

—Estudiar.

—¿Ya? —se sentó en mi escritorio—, pero si acabas de empezar. ¡Date un tiempo!

—Hal, no puedo darme un tiempo —y yo sabía bien por qué.

Yo no era muy buena estudiando, y si dejaba las cosas para el último momento sería un caos.

Él se agachó, acercándose peligrosamente a mi rostro, hizo contacto con mi mirada.

—¡Venga ya! —comenzó— Vamos a ver una peli.

—No voy a ir a ver una película contigo.

—Pero te invito.

—Tengo que estudiar y ni loca voy al cine contigo.

—Pero me gustaría ir al cine —sonrió. Aparté el rostro cuando lo sentí demasiado cerca.

—¿Y un beso?

—Menos aún —rodé los ojos volviendo a mis estudios.

—Al parecer la chica es más lista de lo que pensaba —aquella frase me descolocó, ¿eso lo había dicho Hal u otro trillizo había llegado a casa?

Busqué la procedencia de la voz y, efectivamente, allí estaba Edward con su más cínica expresión.

—¿Qué quieres? —preguntó Hal.

—Nada. Solo miraba como te rechaza por enésima vez. Das pena, Hal. Y eso me encanta —dijo con satisfacción antes de dar un golpe en el marco de la puerta y desaparecer.

Hal le dedicó una mala mirada antes de volver a mí.

—Caerás —dijo—, caerás como lo hacen todas.

—Sigue soñando —contesté cuando se fue frustrado, cerrando la puerta tras de sí.

«Uh, qué humores tiene el tío...», murmuré para mí misma. «Ambos».



CAPÍTULO 3

Hal

Podría haber escondido mi frustración, pero aquel no era mi estilo y más cuando se trataba de una chica. No podía creer que me hubiera vuelto a rechazar y, de hecho, encerrarme en mi cuarto no iba a arreglar las cosas. Debía hacer algo realmente bueno para que ella cayera a mis pies como la zorrilla que era, como lo eran todas. Las mujeres, en su totalidad, tenían esa fiera intensa dispuesta a salir en cualquier momento, pero reprimidas por su parte orgullosa y recatada. En el fondo eran unas zorras, y Naly no sería menos.

Desde que tenía memoria ninguna chica me había dado un manotazo por besarla, pero con Naly era ya la segunda o tercera vez que lo recibía; además, sabía que acabaría perdiendo la cuenta por la cantidad de veces que repetiría el gesto. Su dulce desafío rozaba la complicación y lo interesante, ya que, con cada rechazo su rendición se volvía un deseo más anhelado.

Entrelacé las manos debajo de mi cabeza y me quedé observando el póster de Tom Waits: Mi favorito, sin duda alguna.

—«El hecho de que tú no pesques nada no significa que no haya peces ahí afuera» —susurré una de las frases del cantautor—. Maldito, Welsey. Ese sí que acabará en la cama con Naly.

Estaba increíblemente aburrido, a pesar de tener un problema en la parte más sensible de mi cuerpo. Solo pensar en ella me ponía, y cuando me rechazaba, mi excitación aumentaba. Podía llamar a Stacy para que hiciera algo al respecto, pero no tenía ganas de verla, era muy pesada y guarra. Me tenía la cabeza como un bombo con su voz chillona y su obsesión por controlar cada cosa que hacía. No sabía ni por qué estaba con ella. Al principio la respuesta era fácil: follar. Era muy fácil tener a una chica disponible solo para cuando a mí me diera la gana, pero pasada la emoción inicial, no sabía si seguir llamándola novia era lo correcto. Quedar como amigos con derechos era más tentador cada día, ya que podría decirse que nuestra relación se basaba en el engaño. A Stacy la conocí en las pruebas de acceso a la universidad, no le faltó tiempo para pedirme el número de teléfono y mucho menos para llamarme solicitando una cita. Enseguida supe que sería una facilona a la que mantendría alrededor con facilidad. Fue ella quien me presentó a Eiden, quien en un solo verano se había convertido en mi mejor amigo y, además, me había ayudado a reunir un buen grupo de estudiantes de la facultad, pues no me gustaba llegar a un lugar y no conocer a nadie.

Esa aversión es la razón por la cual tampoco me había buscado un trabajo, me horrorizaba la idea de ser el nuevo, y mientras mis padres pudieran mantenerme ¿por qué mover un dedo?

Agarré mi móvil y llamé a Stacy, mis necesidades siempre ganaban.

—¿Hal? —enseguida contestó endulzando su voz.

—¿Qué haces, amor? —hice el papel de novio cariñoso, y como siempre, ella se lo creyó.

—Nada importante, ¿y tú, cariño? —endulzó aún más su tono. Rodé los ojos.

—Pues estoy tumbado en la cama pensando en ti —mentí.

—Si quieres puedo pasarme por tu casa —la propuesta no

tardó más de unos segundos. Sonreí y miré el bulto en mis pantalones.

—Sí, por favor. Tengo ganas de verte, preciosa —mentí de nuevo, ya casi lo hacía sin pensar.

«Es más tonta».

—En diez minutos estoy allí.

—Vale, hasta ahora —colgué. Dejé el móvil a un lado y me mordí el labio, ahora solo había que esperar al gran polvo que tendría.

Era una lástima que no fuera con Naly.

Edward

Llevaba rato haciendo estudios y esbozos de movimiento, ya sentía que mi mano comenzaba a moverse sola sin atender a mis órdenes, así que aparté las cosas y me quedé con la cabeza apoyada en mi brazo. No tenía ganas de nada, la universidad llegaba a ser tan absorbente que muchas veces sentía que acababa colapsándome. Necesitaba algo que me distrajera y reírme de Hal era lo único que lo lograba, aparte de salir en moto o ir a entrenar boxeo, era más imbécil el pobre. Sin embargo, levantarme e ir a buscarle tampoco tenía mucha gracia, eso de molestar a mi hermano debería haber terminado hace años, pero ese chico tenía un enganche especial.

Volví a mis estudios de movimiento pero, al instante, Welsey me llamó, descolgué el teléfono sin ganas, a pesar de que por fin tendría algo con lo que entretenerme.

—¿Tú para qué me llamas? —pregunté enseguida.

—Em... —noté molestia en su onomatopeya— Edward, hay que ir a comprar.

—Pues ya sabes, a comprar majo.

—Pero no puedo ir.

—Yo no voy.

—Pero...

—Dile a Hal que vaya.

—No me responde las llamadas —dijo, y escuché un gemido de placer muy conocido. Rodé los ojos. La puta de Stacy ya estaba en casa tocando los huevos.

—Es que está follando, ¿le doy el mensaje? —me levanté.

—Pero Edward... no le interrumpas —lo ignoré. Ir a cortar el rollo y a joderle al imbécil de Hal era muy satisfactorio.

—Anda, calla —salí de mi habitación—. No se va a librar de los recados por estar follando.

Llegué a la habitación de Hal y abrí la puerta sin llamar para encontrarme con una escena nada agradable: Stacy estaba encima de él. Odiaba tanto a esa pelirroja.

—Hal, hay que ir a comprar —informé desde la puerta—. Así que estás tardando.

Welsey, que aún seguía en el teléfono se rio.

—Ve tú —replicó Hal haciendo una mueca e incorporándose.

—¿Me ves cara de estar dispuesto a ir por las compras? —le dije mientras la chica escondía la cabeza en el cuello de él y buscaba la manera de taparse. No entendía por qué Hal estaba con ella, ni siquiera la quería, y si lo hacía tenía una manera muy extraña de quererla.

—Edward, por favor —suplicó mi hermano—. Vete y has la compra.

—¡Qué no voy a comprar! Te vas tú —miré a Stacy—. Eh, puta... a ver si controlamos esos gritos que me tienes harto.

Ella me miró avergonzada mientras mantuve mi expresión impasible. Esa zorra tenía el valor de hacerse la superior con Welsey, pero una sola palabra mía la dejaba sin habla. Hipócrita.

—Edward, por favor, ve tú —suplicó Hal—. Te doy cincuenta libras.

—Cien —sonreí satisfecho.

—Cincuenta.

—Cien.

—Setenta —me miró exasperado—. ¡Edward! ¡¿Quieres irte ya?!

—Cien.

—Setenta.

—Cien.

—Noventa.

—Cien.

—¡Vale! ¡Pero vete de una maldita vez! —exclamó apartando a Stacy para agarrar su cartera. La escena era asquerosa. Me tendió dos billetes de cincuenta y los agarré encantado.

—Me gusta hacer tratos contigo —me fui cerrando la puerta de un portazo.

Sonreí satisfecho. Aquello me había salido de maravilla, ¡ya tenía dinero para mis carísimos rotuladores!

—¿Welsey? —pregunté llevándome el móvil al oído de nuevo.

—Sí.

—¿Qué hay que comprar? —pregunté y me ayudó a hacer la lista.

Una vez que acabé de hablar con mi hermano fui a buscar a Naly. Ella tenía muy claro que, si iba a vivir con nosotros, debía ir a hacer la compra como todos. Quizá tendría criados en su mansión, pero yo no sería uno de ellos aquí. Toqué la puerta de su habitación y enseguida escuché su voz diciéndome que pasara.

—¡Tú! puta. Levanta que nos vamos a comprar —dije desde la puerta. Volteó para encontrarse conmigo y su ceño se frunció, pero no se opuso.

Odiaba a esa chica y no necesitaba una razón para hacerlo.

Ella se levantó y asintió. Adiviné que lograba intimidarla y eso me gustó.

—Va... vale —noté el nerviosismo en sus palabras mientras agarraba una chaqueta y salía pasando por mi lado.

La seguí. No dijo nada, ni siquiera pidió explicaciones, aunque

yo tampoco se las habría dado y eso ella lo tenía más que claro. Salimos de casa y siguió sin hablar, yo tampoco lo hice, claro estaba que no iba a preguntarle por su vida ni a interesarme por ella ya que, sencillamente, no me importaba.

Welsley

No podía atender a la reunión del comité tranquilo, Edward había ido a comprar con Naly y eso me tenía inquieto. Él la odiaba y ella me agradaba lo suficiente como para preocuparme. Mi hermano era peligroso, no era un imbécil como Hal, pero era un temperamental movido por sus impulsos.

Cuando acabó la reunión salí disparado para casa y me sorprendió ver a Hal sentado en la barra de la cocina solo. Me acerqué a la nevera para beber agua y él me miró con los ojos rojos, le brillaban, síntoma de que había estado bebiendo. La botella de vodka que tenía agarrada en la mano lo confirmaba todo.

—¿Qué le haces? —me preguntó de golpe, fruncí el ceño sin entender de qué hablaba.

—¿De qué hablas?

—¿Por qué se me resiste tanto? —continuó y se llevó la botella a los labios.

—Hal estás borracho. Deja eso, ¿de dónde la has sacado?

—Se la he quitado al malas pulgas —se rio. Mierda, las malas pulgas que íbamos a tener más tarde con Edward.

—Hal, ven —dije intentando que se levantara para llevarlo a la bañera y darle un remojón.

Él negó con la cabeza.

—Siéntate, siéntate —me dijo señalándome la silla frente a él. Obedecí y me senté algo incómodo cuando él comenzó a hablar—. Es que yo no sé qué le pasa conmigo. Yo soy bueno con ella, ¿no? Pero me odia y no sé qué hago mal —suspiró—. Mi vida es una mierda, una auténtica mierda. Yo a la puta pelirroja esa no la quiero, ni siquiera la aguanto, me pone la cabeza

así —alzó las manos y abrió los brazos como si fuera un niño pequeño. No pude evitar reír—. Sí, ríete, pero así me la pone; claro, como es muy puta puedo follármela cuando a mí me dé la gana. No como a la otra, no. La tía esta que me has metido en casa, pasa de mí, me pega y me insulta. No lo entiendo, esa tenía que estar gritando de placer en mi cama... pero no, ella prefiere mandarme a la mierda. Pues, ¿sabes qué? —alzó un dedo—. Que me la voy a follar. Hoy, mañana, pasado o cuando sea; pero me la voy a follar porque está hiriendo mi orgullo.

Hal se trababa con sus palabras de lo borracho que estaba. Suspiré, no quería que siguiera hablando porque me molestaba escuchar esas cosas sobre Naly.

—Hal, tienes que ir a la cama —dije cuando vi cómo sus ojos se cerraban.

—Sí, tío sí —alzó el pulgar en afirmación.

Me levanté y le ayudé a llegar a su habitación. Una vez allí, le ayudé a desvestirse y se metió en la cama, aún balbuciendo cosas sobre el culo de Naly.

—Hal, tranquilízate anda —él asintió.

—Tío, tú sí que eres un buen hermano, te quiero, te quiero mucho.

Hal, ¿diciendo que me quería? Aquello era nuevo.

—Venga Hal, duerme —salí de su cuarto apagando la luz y cerrando la puerta.

Después suspiré y me preparé para el mal humor que tendría cuando se despertara con resaca.

Naly

Las manos me temblaban y mi vista no dejaba el suelo en ningún momento, no sabría decir si estaba nerviosa o si era miedo lo que le tenía a Edward. Durante el recorrido este no había dicho nada, solo caminaba a mi lado como si aquello fuera la cosa más fastidiosa del mundo, como si yo repugnara. Estaba

esperando que sus labios se abrieran y me soltara algún discurso, pero parecía no querer hacerlo, y eso me provocaba un puño en la garganta donde se me atoraba el aire. Caminé detrás de él por un par de calles más, hasta que llegamos al supermercado. Allí Edward me tendió la lista seguido de un «Tú dime que hay que comprar, Zorra» asentí y tragué saliva, tragándome el orgullo. Me molestaba ese tono de voz: «Put», «Zorra», eran las únicas palabras con las que se dirigía a mí y, personalmente, me daban ganas de partírla la cara, pero no me atrevía. Además, era mejor que no lo hiciera porque iba a vivir con él, y ya bastantes problemas tenía con Hal como para aumentarlos con Edward. Así que cuando acabamos de comprar, él agarró algunas bolsas y yo otras, sin duda pesaban demasiado y aunque caminé intentando no pararme o tirar algo, me fue imposible. Estas pesaban tanto que mis manos se estaban poniendo rojas por el roce.

—Edward —lo llamé y volteó para ver como dejaba las bolsas en el suelo y sacudía mis manos— ¿Puedes esperar un momento?

Alzó una ceja.

—¿Tú me ves con ganas de esperarte?

Tragué saliva.

—Por favor, es que pesan mucho —supliqué y él bufó. Nunca había hecho la compra y menos cargado con bolsas.

—Joder —refunfuñó—. Va, espero.

¡Maldito Edward! ¿Por qué era así? Quería preguntarle pero no estaba muy segura de ello. Una parte de mí decía que le gritara, que le preguntara por qué era así y que le dijera algo; pero la otra decía que, por el amor de Dios, me callara.

—¿Ya? —preguntó y asentí. Me agaché y volví a coger las bolsas.

Tuvimos que parar un par de veces más, Edward solo me miraba impasible y refunfuñaba, aunque la tercera vez que le pedí parar, dijo:

—Me tienes hasta los putos huevos —se acercó a mí y me arrebató las bolsas—, dame las bolsas, ya las llevo yo, eres una inútil.

Agaché la cabeza. «Eres una inútil» ¿Yo? ¿Una inútil? Lo peor era que conseguía hacerme sentir mal.

—Yo no soy una inútil —repliqué mientras me frotaba las manos que aún me dolían a horrores.

—Cállate —ordenó, y así fue como el vaso cayó con la última gota, salpicando agua por todas partes. Ese era mi límite.

Inspiré y luego lo observé fijamente, encontrándome con su mirada desafiante.

—¿Por qué eres así? ¿Por qué me odias? ¿Qué te he hecho? No entiendo por qué te comportas así, ¡ni siquiera me has dado una oportunidad! Directamente me insultas, parece que estás enfadado con el mundo como si él estuviera en tu contra. ¿Qué te pasa? No somos nosotros los malos, eres tú.

Rodó los ojos y tardó unos segundos en contestar, me dio la sensación de que, por un momento, quiso esconder el efecto que hicieron mis palabras en él; sin embargo, él era bueno escondiendo cosas. Y lo comprobé con lo que descubriría más tarde: era un maestro en cuanto a esconderse a sí mismo.

—Meterte en mi casa, eso has hecho —contestó y luego se giró—. Y ahora camina antes de que me arrepienta y te deje tirada aquí.

—Ahora voy a ser yo la que te odie —contesté con resignación. Él rio sarcásticamente.

—No me parece mal, muñequita —se burló.

¿Muñequita? ¡Eso ya era el colmo!

No iba a permitir que siguiera pensando que podía tener esa actitud conmigo, así que aceleré el pasó y caminé por delante de él para llegar lo antes posible a casa. En ese momento, solo podía pensar en tirarle las bolsas en la cabeza y huir corriendo. Al salir de casa, yo propuse ir en coche, pero él solo me ignoró y

comenzó a caminar, así que esta situación era culpa suya y yo no tenía por qué aguantar malos tratos de nadie y menos los suyos.

Hay gente así, cuenta la vida en fallos y no en aciertos. No ve el esfuerzo sino la derrota, lo malo es que lo hacen antes de llegar a la meta, eliminando cualquier posible oportunidad. El juicio se celebró antes de tiempo, y ya tiene sentencia y condena.

Mantuve la cabeza alta, como había visto a mamá hacer todas las veces en que el protocolo tenía más importancia que las palabras vacías de sus socios. «Nunca pierdas la educación, Naly. Eso es lo único que te hará una persona con éxito». Sin embargo, en aquel momento estaba aplicando el consejo de tal manera que escuché a Edward reírse de mí y de mi ataque rabioso e inmaduro.

«Naly, tienes tanto que aprender», mamá hubiera dicho algo así.



—¿Quién me ha cogido el vodka? —preguntó Edward un rato después de llegar a casa. Estaba en la cocina colocando la compra cuando Edward agarró la botella casi vacía y me la enseñó antes de que Welsey entrara— Se la ha bebido Hal, ¿verdad? —le preguntó a su hermano que lo miraba nervioso.

—Sí —contestó. —Edward dejó la botella en la mesa de un golpe haciendo que me sobresaltara.

—¡Lo voy a matar! —se dirigió a la puerta, pero Welsey lo apartó—. Quita bicho.

—Edward, por favor, déjalo. Está mal —dijo Welsey intentando calmar a su mellizo.

—Me importa una mierda, se ha bebido mi vodka —dijo él—. Hal siempre está mal, estoy harto de que esté mal y borracho.

—Edward, por favor, yo también estoy cansado de todo esto, pero somos hermanos y tanto tú como Hal os comportáis como extraños. Tú lo odias. Me odias, lo sé, pero somos trillizos y

deberíamos ayudarnos. Hal está mal. Está durmiendo, déjalo, por favor —suplicó Welsey. Edward bufó—. Además, no eres el más indicado para hablar de estar bien, y lo sabes, porque te pasas el día de mal humor.

—Como quieras —renegó antes de salir de allí.

Welsey y yo lo seguimos, por si acaso iba a por Hal; para nuestra sorpresa no lo hizo, simplemente, pasó de largo y se encerró en su cuarto.

—Me odia —Welsey suspiró.

—A mí también, si eso te sirve de consuelo —posé mi mano en su hombro y él me sonrió cuando le dediqué una pequeña carcajada forzada.

—Bueno... Ayuda.

—¿Vamos? —le dediqué una sonrisa y asintió.

Fuimos a la cocina de nuevo y acabamos de colocar la compra. Al terminar, Welsey se sentó y lo imité.

—No sé qué hacer —dijo—. Esta relación que tenemos los tres me va a volver loco, y de verdad, siento mucho que tengas que aguantar esto.

—No te disculpes, no es tu culpa.

—Ya, pero Hal estaba borracho, diciendo tonterías y lamentándose de su vida. Y ¿sabes? no me gusta verle así, me da impresión de que si nosotros estuviéramos más unidos estas cosas no pasarían —Welsey apoyó su mano en su barbilla y bufó—. Esto es una mierda.

Me levanté y me senté a su lado.

—Se arreglará, ya verás —le dije para tranquilizarlo—. En todas las familias hay problemas.

—No sé.

—Verás que sí —Le abracé.

Yo era una chica muy cariñosa y me gustaba mucho abrazar a la gente. Él se tensó, poco acostumbrado a este tipo de roces, pero me devolvió el abrazo. Welsey era muy inseguro y era

evidente que pocas veces recibía abrazos; sin embargo, a mi parecer, aquel chico de gafas y sonrisa con hoyuelos merecía más de mil abrazos diarios.

—Eso espero —dijo.

Al cabo de un rato, nos fuimos a nuestros respectivos cuartos a estudiar. Al poco tiempo me aburrí, no tenía muchas ganas, y pensé en lo que Hal me había dicho de que era muy pronto, eso empezaba a tener lógica. Tenía tan poco material que ya me lo sabía hasta del revés.

Pensé en llamar a mis padres, pero no lo hice. Ellos no me habían llamado y sus palabras seguían en mi memoria: «Olvídate de nosotros, vete lejos. Naly para nosotros ya no eres hija nuestra». ¿Alguien tenía idea de cuánto dolía eso? Era como una puñalada, como un engaño; y dolía mucho, aunque tampoco iba a dejar que eso me afectara, no valía la pena. Simplemente debía convencerme de que no les necesitaba para nada y podía valerme por mí misma. Estaba sola, ¿y qué? Siempre lo había estado. No tuve oportunidad de tener amigas en el colegio porque estudiaba en casa. No podía salir al cine o de compras un sábado porque no tenía amigas y las chicas que conocía estaban tan ocupadas alimentando su prepotencia que no quería ni verlas. Mi vida era una mierda, no supe lo que era un primer beso hasta que me enamoré del hijo de uno de los socios de mi padre, quien resultó ser un completo idiota. Era solitaria y me pasaba el día soñando despierta sobre cosas que para muchas niñas sería algo normal. Cosas como ir a dormir a la casa de tu mejor amiga o sencillamente tener una mejor amiga, no sabía lo que era eso; también soñaba con la sensación de correr por los pasillos del instituto, llenos de vida y gente. Por eso, cuando llegué al campus, sentí que aquello era lo más impresionante que había visto en mi vida. Y aunque no les dijera nada a los trillizos, aunque odiara sus movidas y el único decente fuera Welsey, con ellos todo era emocionante. Estaba conviviendo con tres chicos iguales, una locura.

Yo sólo quería escapar de mi realidad, la puta realidad en la que mis padres me obligaban a vivir, así que cuando cumplí dieciocho, hui. Mis padres no lo aceptaron porque ellos querían que me dedicara a la empresa y siguiera con el negocio, pero ¿para qué ser rica y vivir de esa manera? Ellos solo me dieron mil libras y las guardaría como oro mientras buscaba un trabajo; eran unos hipócritas, quise tirarles los billetes a la cara pero no lo hice, me interesaba guardarme el dinero. Ahora sabía que nunca me habían querido, nunca, definitivamente no llamaría a mis padres.

Suspiré.

Estaba muy cansada, así que decidí ponerme el pijama, no tenía ganas ni de cenar. Recordar a mi familia me quitaba el apetito y haber pasado la tarde con Edward también, así que me tumbé en la cama e intenté dormir. Pasaron los minutos y mi mente seguía en funcionamiento, como un disco rayado que no puedes detener, simplemente era imposible conciliar el sueño con mi cabeza intentando ordenar todos los pensamientos que circulaban por ella. Di vueltas por largo rato y cuando creí que no sería posible, lo conseguí.

Edward

Inspiré como si quisiera que el aire se quedara en mis pulmones una eternidad, hacía mucho tiempo que no me paraba a observar las fotografías del comedor, y a pasar mis dedos sobre ellas, como si de este modo pudiera hacer los recuerdos más vívidos. Así como si estuvieran recorriendo mis venas y llegando a mi mente para proyectarse en una pantalla imaginaria.

¿Qué me había pasado?

Algo había cambiado en esas viejas fotografías, pero algo seguía allí como siempre. Mis catorce y quince fueron borrados del espacio cronológico familiar, no me extrañaba, una mala época puede arruinar a una familia y más a una persona.

Ver sonrisas en mi rostro comenzaba a adivinarse extraño para mí, no sonreía de felicidad desde hace algún tiempo, pero estaba bien.

Odiar a todo el mundo me ayudaba a canalizar mi ira, sin embargo, había una luz parpadeante en mi cabeza que me decía que debía hacerlo con más intensidad. Así mi desgracia sería la de ellos, algo egoísta ¿cierto?

La fotografía del centro era la que más me gustaba pero nunca lo admitiría en voz alta. Ese Edward de diez años abrazando a sus hermanos con una sonrisa había muerto y me había dejado a mí.

«No somos nosotros los malos, eres tú».

«Sí Naly, desgraciadamente, soy yo».

Las cosas eran más fáciles cuando nadie era capaz de expresarlas en voz alta. Hal y Welsey callaban, Amanda fingía que nada pasaba y hasta mamá y papá se hacían los sordos. Tenían miedo... de mí. No de mi ira, tampoco de mis reproches, sino de mi reacción. Fue bonito que pensarán en mi bienestar, pero no sé quién erró más profundo.

Mis sentimientos se volvieron del color de la tinta, y mis brazos se llenaron de ella como si de esa manera pudiera hacerle saber a todos cuáles eran los demonios que habitaban en mí; sin embargo, ninguno de ellos percibió las pistas.

«Nadie es así por gusto», dijo el psicólogo.

«Yo sí», contesté, «siempre he sido así».

Y no mentía.

Dejé las fotografías a un lado, pues ya no me servía de nada anhelar.